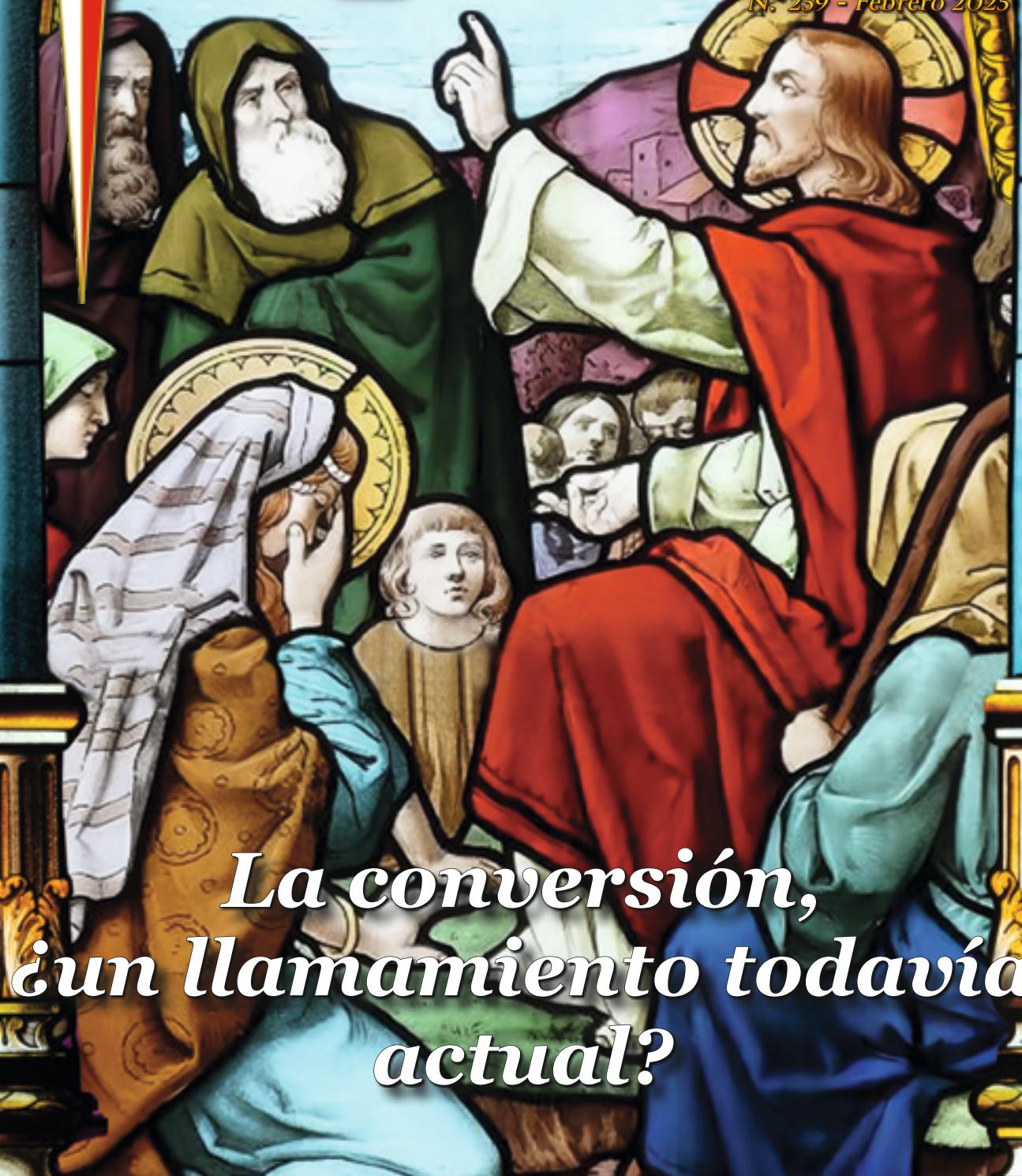


HERALDOS DEL EVANGELIO

N.º 259 - Febrero 2025



*La conversión,
¿un llamamiento todavía
actual?*

Él mide la profundidad de tu amor

Estaba yo triste por mi conducta pasada, por mis pecados de orgullo, mi impaciencia, mi pusilanimidad, etc. Y entonces fue cuando vi no Jesús.

Me dijo: «Tus imperfecciones actuales, tus faltas pasadas, ya que las detestas, no pueden desagradarme. Sírvete de ellas para elevarte hasta mí. Has sabido humillarte y vine corriendo hacia ti. Humíllate de nuevo, continuamente, siempre. Quiero que seas muy humilde. Aprecia no poder hacer nada por ti misma, porque esa incapacidad te pone en la dulce obligación de mantenerte siempre unida a mi divino Corazón por el amor, la gratitud y la oración.

»Aprecia no ser nada por ti misma, porque esa nada te coloca en una completa dependencia de tu amado Maestro, a quien amas por encima de todo, mi querida Yvonne..., por encima de todo, ¿no es así?, y más que a ti misma.

»Sí, me compadezco de tu flaqueza, porque tienes buena voluntad..., porque has sabido combatir, perdonar generosamente, porque has sabido abismarte.

»Te llenaré de mi luz, te inundaré de consolación, te revestiré de mi fuerza, pero también te daré sufrimiento.

»Me encanta ver luchar a los que amo. Será un sufrimiento íntimo, un sufrimiento oculto, para que yo sea tu único consolador. Las criaturas no siempre te comprenderán..., pero ¡yo estaré ahí! Te perse-

guirán, te contradecirán..., no te creerán, pero yo te consolaré. [...] Y serás una santa».

Jesús tomó mi cabeza, la acercó a su Corazón y luego, enderezándose, dijo: «Pero [...] no te atormentes».

LAURENTIN, René. *Biographie d'Yvonne Aimée de Malestroit (1901-1951)*. Paris: François-Xavier de Guibert, 1999, t. II, p. 49.



Yvonne Aimée de Malestroit,
foto de su documento de identidad

Reproducción

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XXIII, número 259, Febrero 2025

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacalizaza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N.º. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 912 770 770

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán
ser reproducidos, indicando su fuente y
enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad
de los respectivos autores.

SUMARIO

⇒ PREGUNTAN LOS LECTORES	4
⇒ EDITORIAL	
<i>El Reino de los Cielos está cerca!</i>	5
⇒ LA VOZ DE LOS PAPAS	
<i>Un llamamiento divino silenciado</i>	6
⇒ LA LITURGIA DOMINICAL	
<i>La mirada de la fe y la vía dolorosa</i>	8
<i>La humanidad ha fracasado porque ha obrado sin Dios</i>	9
<i>¿Confiar en Dios o confiar en el hombre?</i>	10
<i>Perdonar es cosa de gigante</i>	11
⇒ TESOROS DE MONS. JOÃO	
<i>Conversión: una iniciativa de Dios</i>	12
⇒ TEMA DEL MES –	
GRANDES CONVERSIONES	
<i>Teodoro Ratisbona, un auténtico hijo de Israel – De la sinagoga a la Iglesia Católica.</i>	16
<i>Roy Schoeman, progresivo desvelo de la fe – Perseguido por Dios, llamado por María</i>	20
⇒ SANTO TOMÁS ENSEÑA	
<i>Nadie puede recuperarse por sí mismo</i>	23
⇒ UN PROFETA PARA NUESTROS DÍAS	
<i>En batalla por las almas</i>	24
⇒ Jacques Fesch: <i>del crimen al Cielo</i> –	
<i>Una nueva creación</i>	28
⇒ ¿QUÉ DICE EL CATECISMO?	
<i>¿Yo también tengo que convertirme?!</i>	31
⇒ ¡No sea loco!	
⇒ VIDAS DE SANTOS	
<i>Los Siete Santos Fundadores de la Orden de los Servitas – Un árbol robusto y frondoso</i>	34
⇒ DOÑA LUCILIA –	
LUCES DE UNA MATERNAL INTERCESIÓN	
<i>¡Doña Lucilia está realmente a mi lado!</i>	38
⇒ HERALDOS EN EL MUNDO	42
⇒ HISTORIA, MAESTRA DE LA VIDA	
<i>Los verdaderos conquistadores</i>	46
⇒ ¿SABÍAS...	
⇒ TENDENCIAS Y MENTALIDADES	
<i>¿Dos formas de «ser dios»?</i>	50



Reproducción



Reproducción



Archivo Revista



Stefano Gavilanes

32 Sabiduría de la cruz: alivio
para la locura del pecado

Envie las preguntas para el P. Ricardo al correo
preguntanloslectores@heraldos.org



✉ P. Ricardo José Basso, EP

Perder el tiempo es pecado ¿contra qué mandamiento?

Catarina de Assis Fonseca – Recife (Brasil)

Nuestra consultante ya da por sentado que perder el tiempo es pecado..., ¡y tiene toda la razón! Ahora bien, para que todo quede muy claro, la primera pregunta sería: ¿qué es perder el tiempo?

Causa mucha preocupación hoy en día, y no sin fundamento, desperdiciar agua o alimentos, pero se presta menos atención al despilfarro del tiempo, otra preciosísima criatura de Dios, de la que tendremos que rendirle serias cuentas. Sin embargo, el motivo por el que el desperdicio de cualquier bien que nos ha sido dado por el Creador constituye una falta es el mismo: no usarlo conforme al buen orden de las cosas, sino de manera insensata, caprichosa, irracional. Ahora bien, una de las definiciones del pecado consiste precisamente en actuar de modo contrario a la recta razón.

Así pues, pasar horas navegando inútilmente en internet, por ejemplo, viendo vídeos que no nos aportarán ningún beneficio, mientras tenemos otras innumerables obligaciones, constituye realmente un pecado de pérdida de tiempo.

Como todo pecado, perder el tiempo es contrario al primer mandamiento, porque en lugar de amar a Dios sobre todas las cosas y actuar de acuerdo con Él, damos prioridad a satisfacer un capricho personal. Pero, dependiendo de cada caso concreto, esta falta puede también ofender otros mandamientos: el cuarto, si perdemos tiempo cuando sería nuestra obligación ejercer algún deber de estado —por ejemplo, la educación y cuidado de los hijos, en el caso de los padres— o cuando el hijo menor malgasta su tiempo contrariamente a una prohibición expresa del padre o de la madre; el séptimo, si nos ocupamos en diversiones durante las horas de trabajo, en vez de realizar el servicio por el que recibimos el sueldo; el sexto y el noveno, si perdemos el tiempo viendo algo contrario a la castidad o poniéndonos en ocasión de hacerlo; el quinto, si con esa actitud insensata escandalizamos a los demás, y así sucesivamente.

Seamos, pues, muy serios en el uso de esta preciosa criatura de Dios, que «huye irreparablemente» (Virgilio. *Geórgicas*. L. III, 284).

¿Por qué los heraldos usan botas?

José Leite Filho – Belo Horizonte (Brasil)

Por muchas razones... En primer lugar, porque denotan el carácter misionero de la vida de los heraldos, los cuales están dispuestos a recorrer cualquier distancia para evangelizar.

Consideremos, sin embargo, un simbolismo más profundo, de carácter sobrenatural, bien indicado por las palabras de la Sagrada Escritura: «Pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia; ésta te aplastará la cabeza cuando tú la hieras en el talón» (Gén 3, 15). A nuestro fundador, Mons. João Scognamiglio Clá Días, siempre le fascinó este pasaje del Génesis, llamado Protoe-

vangelo porque contiene una verdadera profecía de toda la historia de la salvación, en función de Nuestro Señor Jesucristo y de Nuestra Señora.

Explicaba él que todos los hijos y esclavos de amor de María Santísima deben estar en constante lucha contra la serpiente, vigilantes para no caer en sus trampas y ser heridos por ella. Y ese carácter militante de nuestra lucha en la tierra —tan presente en el carisma de los heraldos por la nota de disciplina que Mons. João imprimió en su obra— se expresa muy acertadamente en unas bonitas y resistentes botas.

¡EL REINO DE LOS CIELOS ESTÁ CERCA!

Cuando hablamos de conversión, es frecuente que nos vengan a la mente personajes antiguos como Pablo de Tarso, Magdalena y Agustín, todos ellos santos y convertidos tras incursiones en el abismo del pecado. En cuanto a la naturaleza de la conversión, ya se ha dicho mucho acerca del vocablo *metanoia*, que significa cambio de mentalidad.

Sin embargo, sería una miopía intelectual circunscribir la conversión a esos casos individuales y temporales, así como a una superficial «reforma mental», prometida al por mayor por charlatanes de ayer y de hoy. La conversión es la propia esencia de la misión de Nuestro Señor Jesucristo, quien se denominó a sí mismo «camino» (Jn 14, 6) hacia el Padre.

La Sagrada Escritura prodiga metáforas para ilustrar la conversión: es una transición de las tinieblas a la luz (cf. Hch 26, 18), de la vida según la carne a la vida según el espíritu (cf. Gál 6, 8), un segundo nacimiento (cf. Jn 3, 6), el paso de un estado de muerte hacia la vida (cf. Jn 5, 21-29). Se trata, en definitiva, de despojarse del «hombre viejo» para revestirse del nuevo (cf. Col 3, 9-10).

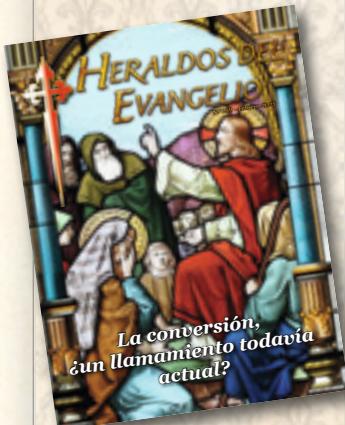
La conversión forma parte de la misión de la Iglesia de evangelizar no sólo a individuos, sino también a grandes grupos de personas. Ya en el Antiguo Testamento, Jonás convierte con su predicación a la importante ciudad de Nínive (cf. Jn 3, 4-10). Y en los primeros tiempos de la Iglesia Apostólica, el número de conversos ascendía a cinco mil, contando únicamente los hombres (cf. Hch 4, 4).

Más tarde, miles de súbditos se convirtieron tras el bautismo del rey Clodoveo en la Navidad del 496. Cien años después, el papa San Gregorio Magno enviaba a la entonces inexpugnable Britania —César ya había intentado someterla con seis mil soldados...— cuarenta monjes bajo la égida de San Agustín de Canterbury; a poco el monarca Etelberto se convirtió y luego todo el reino. Lo que había sido imposible para seis legiones romanas se hizo realidad con la denominada «misión gregoriana»...

Podemos mencionar también el gran peso que tuvo Carlomagno en la conversión de los pueblos eslavos, empezando por Moravia; y citar la conversión de albigeneses por Santo Domingo, de calvinistas por San Francisco de Sales, de luteranos por San Pedro Canisio, de miles de hindúes por San Francisco Javier, de innumerables indios... por la propia Virgen, bajo la advocación de Guadalupe. Recordemos igualmente el caso de Ruanda, que tras la Primera Guerra Mundial pasó de quince mil católicos a quinientos cincuenta mil en tan sólo veinticinco años, gracias al apostolado de los misioneros de África, los llamados «Padres Blancos».

Además, está claro que los llamamientos de Nuestra Señora en Fátima apuntan a una conversión universal. Pero ¿cuándo sucederá esto? Debemos desear con toda nuestra alma que sea hoy. En efecto, San Agustín afirmaría una vez, refiriéndose al momento de la conversión: *Si aliquando, cur non modo?* —Si algún día, ¿por qué no ahora?

De hecho, tanto Juan el Bautista como el propio Cristo, tras convocar la citada *metanoia*, concluían: «Está cerca el Reino de los Cielos» (Mt 3, 2; 4, 17). Y con similares palabras Jesús convocaba a los Apóstoles a que se dirigieran a las ovejas descarriadas de la casa de Israel (cf. Mt 10, 6-7). Ahora bien, si hoy la grey está cada vez más apartada del camino, es más actual que nunca proclamar a los cuatro vientos: «¡El Reino de los Cielos está cerca!». ♣



**Predicación de
Jesús y conversión
de Santa María
Magdalena - Iglesia
de la Magdalena,
Angers (Francia)**

Foto: João Paulo Rodrigues



Un llamamiento divino silenciado

Como dijo el papa Juan Pablo II, hoy la llamada a la conversión se pone en tela de juicio o pasa en silencio. Se ve en ella un acto de «proselitismo»; se dice que basta ayudar a los hombres a ser más hombres o más fieles a la propia religión. Pero se olvida que toda persona tiene el derecho a escuchar la Buena Nueva de Cristo.

IMPELIDOS A SOCORRER A LOS HERMANOS ALEJADOS DE LA FE

No hay necesidad más urgente que la de «dar a conocer las inconmensurables riquezas de Cristo» (Ef 3, 8) a los hombres de nuestra época. No hay empresa más noble que la de levantar y desplegar al viento las banderas de nuestro Rey ante aquellos que han seguido banderas falaces y la de reconquistar para la cruz victoriosa a los que de ella, por desgracia, se han separado. ¿Quién, a la vista de una tan gran multitud de hermanos y hermanas que, cegados por el error, enredados por las pasiones, desviados por los prejuicios, se han alejado de la verdadera fe en Dios [...], no arderá en caridad y dejará de prestar gustosamente su ayuda?

Fragmentos de: PÍO XII.
Summi pontificatus, 20/10/1939.

SON MÁS ACREDORES DE NUESTRA AYUDA QUIENES DESCONOCEN A DIOS

¿Qué clase de hombres más acreedores de nuestra ayuda fraternal que los infieles, quienes, desconocedores de Dios y presa de la ceguera y de las pasiones desordenadas, yacen en la más abyecta servidumbre del demonio? Por eso, cuantos contribuyeren, en la medida de sus posibilidades, a llevarles la luz

de la fe, principalmente ayudando a la obra de los misioneros, habrán cumplido su deber en cuestión tan importante y habrán agradecido a Dios de la manera más delicada el beneficio de la fe.

Fragmento de: BENEDICTO XV.
Maximum illud, 30/11/1919.

ILUMINAR LAS ALMAS CON LA LUZ DE CRISTO: LA MÁS PERFECTA CARIDAD

Si Cristo puso como nota característica de sus discípulos el amarse mutuamente (cf. Jn 13, 35; 15, 12), ¿qué mayor y más perfecta caridad podremos mostrar a nuestros hermanos que el procurar sacarlos de las tinieblas de la superstición e iluminarlos con la verdadera fe de Jesucristo? Este beneficio, no lo dudéis, supera a las demás obras y demostraciones de caridad tanto cuanto aventaja el alma al cuerpo, el Cielo a la tierra y lo eterno a lo temporal.

Fragmento de: PÍO XI.
Rerum Ecclesiae, 28/2/1926.

«EVANGELIZAR A LOS POBRES»: LA LIMOSNA MÁS GRANDE

Cierto es que Dios alaba grandemente la piedad que nos mueve a procurar el alivio de las humanas miserias: mas, ¿quién negará que mayor alabanza me-

recen el celo y el trabajo consagrados a procurar los bienes celestiales a los hombres, y no ya las transitorias ventajas materiales? Nada puede ser más gratuito [...] a Jesucristo, Salvador de las almas, que dijo de sí mismo por el profeta Isaías: «Me ha enviado a evangelizar a los pobres» (Lc 4, 8).

Fragmentos de: SAN PÍO X.
Acerbo nimis, 15/4/1905.

NO HAY VERDADERA EVANGELIZACIÓN SIN CONVERSIÓN

Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad: «He aquí que hago nuevas todas las cosas» (Ap 21, 5). Pero la verdad es que no hay humanidad nueva si no hay en primer lugar hombres nuevos con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio.

La finalidad de la evangelización es, por consiguiente, este cambio interior y, si hubiera que resumirlo en una palabra, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que

ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos.

Fragmento de: SAN PABLO VI.
Evangelii nuntiandi, 8/12/1975.

LA LLAMADA A LA CONVERSIÓN HA SIDO SILENCIADA

Hoy la llamada a la conversión, que los misioneros dirigen a los no cristianos, se pone en tela de juicio o pasa en silencio. Se ve en ella un acto de «proselitismo»; se dice que basta ayudar a los hombres a ser más hombres o más fieles a la propia religión; que basta formar comunidades capaces de trabajar por la justicia, la libertad, la paz, la solidaridad. Pero se olvida que toda persona tiene el derecho a escuchar la Buena Nueva de Dios que se revela y se da en Cristo.

Fragmentos de: SAN JUAN PABLO II.
Redemptoris missio, 7/12/1990.

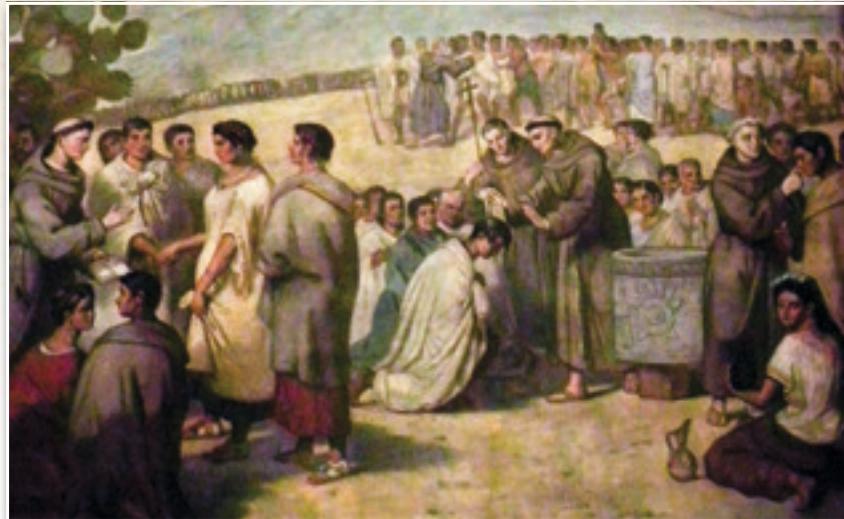
EL DEBER DE LA EVANGELIZACIÓN ES UN MANDATO DE CRISTO

Si verdaderamente la Iglesia, como decíamos, tiene conciencia de lo que el Señor quiere que sea, surge en ella una singular plenitud y una necesidad de efusión, con la clara advertencia de una misión que la trasciende y de un anuncio que debe difundir. Es el deber de la evangelización. Es el mandato misionero. Es el ministerio apostólico. [...] El deber congénito al patrimonio recibido de Cristo es la difusión, es el ofrecimiento, es el anuncio, bien lo sabemos: «Id, pues, enseñad a todas las gentes» (Mt 28, 19) es el supremo mandato de Cristo a sus apóstoles.

Fragmentos de: SAN PABLO VI.
Ecclesiam suam, 6/8/1964.

LA IGLESIA NACIÓ PARA HACER PARTÍCIPES DE LA REDENCIÓN A LOS HOMBRES

La Iglesia ha nacido con el fin de que, por la propagación del Reino de



Francisco Lecáros

La Iglesia ha nacido con el fin de que todos los hombres sean partícipes de la Redención salvadora, dilatando por el mundo el Reino de Cristo

«Conversión de los indios», de Felipe Gutiérrez -
Antigua Basílica de Guadalupe, Ciudad de México

Cristo en toda la tierra, para gloria de Dios Padre, todos los hombres sean partícipes de la Redención salvadora, y por su medio se ordene realmente todo el mundo hacia Cristo. Toda la actividad del Cuerpo Místico, dirigida a este fin, se llama apostolado, que ejerce la Iglesia por todos sus miembros y de diversas maneras; porque la vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado. [...]

Por consiguiente, se impone a todos los fieles cristianos la noble obligación de trabajar para que el mensaje divino de la salvación sea conocido y aceptado por todos los hombres de cualquier lugar de la tierra.

Fragmentos de: SAN PABLO VI.
Apostolicam actuositatem, decreto del Concilio Vaticano II, 18/11/1965.

LA MISIÓN EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA DURARÁ HASTA EL FINAL DE LOS TIEMPOS

Jesús resucitado confió a sus Apóstoles la misión de «hacer discípulos» a todas las gentes, enseñándoles a guardar todo lo que Él mismo había mandado. Así pues, se ha encomendado solemnemente a la Iglesia, comunidad

de los discípulos del Señor crucificado y resucitado, la tarea de predicar el Evangelio a todas las criaturas. Es un cometido que durará hasta al final de los tiempos. Desde aquel primer momento, ya no es posible pensar en la Iglesia sin esta misión evangelizadora.

Fragmento de: SAN JUAN PABLO II.
Pastores gregis, 16/10/2003.

FALTA A SU GRAVE OBLIGACIÓN EL PASTOR QUE NO ATRAÉ A CRISTO LAS OVEJAS APARTADAS

La Iglesia misma no tiene otra razón de existir sino la de hacer partícipes a todos los hombres de la Redención salvadora, por medio de la dilatación por todo el mundo del Reino de Cristo. Por donde se ve que quien, por la divina gracia, tiene en el mundo las veces de Jesucristo, Príncipe de Pastores, no sólo no debe contentarse con defender y conservar la grey del Señor ya a él confiada, sino que faltaría a una de sus más graves obligaciones si no procurase con todo empeño ganar y atraer a Cristo las ovejas aún apartadas de Él.

Fragmento de: PÍO XI.
Rerum Eclesiae, 28/2/1926.



La mirada de la fe y la vía dolorosa

✠ P. Carlos Javier Werner Benjumea, EP



Las obras de Dios son grandiosas y proclaman su gloria. Sin embargo, el hombre mediocre no se da cuenta de que detrás de esas maravillas están los dedos de artista del Señor del Cielo y de la tierra, que ha modelado a todos los seres a imagen de su sublime bondad. La creación esconde un misterio que sólo una mirada iluminada por la fe es capaz de entrever.

Así era la mirada de Simeón, hecha para elevarse a los más altos pináculos de la contemplación. Su corazón varonil e inocente, dócil a la inspiración del Espíritu Santo, intuyó que era voluntad divina que fuera al Templo y allí, en medio de la multitud de devotos, supo discernir la providencialidad de una joven pareja y, sobre todo, la misión del niño que iba acunado en los brazos de la más graciosa de las madres. ¿Qué vislumbró en el pequeño Jesús y en su Madre?

Simeón era «justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel» (Lc 2, 25); por eso, su primera intuición fue la de estar ante aquel que rescataría al pueblo de sus pecados, como él mismo afirmaría en su inspirado cántico: «Mis ojos han visto a tu Salvador» (Lc 2, 30). Había encontrado al Mesías antes de cerrar los ojos a esta vida, como le había confiado el Espíritu Santo en lo más íntimo de su corazón (cf. Lc 2, 26).

Lejos del perfil edulcorado con el que una fingida piedad presenta a Nuestro Señor, la percepción de Simeón fue profética hasta el último punto. El Mesías sería puesto para que «muchos en Israel

caigan y se levanten», un auténtico «signo de contradicción» para que se manifestaran «los pensamientos de muchos corazones» (Lc 2, 34-35).

Era, por tanto, un divisor de aguas que desenmascararía a los falsos buenos, los cuales habían transformado la verdadera religión en un instrumento para su propia vanagloria y beneficio deshonesto. Erguiría a los pecadores contritos y a los inocentes, y humillaría a quienes pretendían ostentar una influencia inmerecida.

Para ello, no obstante, tendría que padecer mucho.

Aunque Simeón no lo diga tan abiertamente, la profecía sobre el sufrimiento futuro de la Santísima Virgen deja claro que la misión mesiánica implicaría un lancingante sacrificio, que repercutiría en el Corazón de María como una espada de dolor (cf. Lc 2, 35). La vía del Redentor, y también la de la Corredentora inseparablemente unida a Él, estaría repleta de luchas y

coronada por un dramático holocausto.

También nosotros estamos llamados a seguir al Señor y a su Santísima Madre, recorriendo el camino del sufrimiento y del combate. ¿Estamos dispuestos a emprender esa vía de dolor y gloria? Ciertamente no nos faltará el consuelo y el auxilio divino, pero hemos de mirar de frente esta perspectiva, arrodillarnos y suplicar gracias abundantes para culminar nuestra lucha con la gallardía de San Pablo: «He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe: dame ahora el premio de tu gloria» (cf. 2 Tim 4, 7-8). ♣



«Presentación del Niño Jesús en el Templo», de Álvaro Pires – Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

Reproducción

Simeón fue inspirado por el Espíritu Santo para discernir la grandeza de la pareja que entraba en el Templo con un niño radiante, previendo proféticamente la vía de dolor y gloria que recorrerían

La humanidad ha fracasado porque ha obrado sin Dios

¶ P. Alex Barbosa de Brito, EP



El mundo, con todas sus instituciones, parece dominado por el mal —llamado *Revolução* por el Prof. Plínio Corrêa de Oliveira— y sigue caminos sinuosos, «progresando incesantemente hacia su trágico final».¹ Pero el bien, es decir, la Contra-Revolución, es invencible, porque cuenta con un dinamismo incalculable, «ciertamente superior al de la Revolución»: la gracia.

Por lo tanto, «cuando los hombres se deciden a cooperar con la gracia de Dios, son las maravillas de la historia las que así obran». Y el fruto de esa cooperación consiste en las «grandes resurrecciones del alma a las que también son susceptibles los pueblos. Resurrecciones invencibles, pues no hay nada que pueda derrotar a un pueblo virtuoso y que verdaderamente ama a Dios».²

Por ello, prestemos atención en la liturgia de este domingo.

Isaías, en su visión, recibe la revelación de que el manto del Señor se extiende por todo el Templo, el cual se llena de incienso y del clamor de voces (cf. Is 6, 1-4). Ahora bien, no hay sitio donde el Señor no esté presente. El salmista, que canta la acción de gracias del pueblo que regresa del exilio, le suplica a Dios que complete la obra empezada y reconoce que no es posible obrar sin Él, ya que todo es fruto de sus manos (cf. Sal 137).

San Pablo declara su indignidad —ni siquiera merece, dice, «ser llamado apóstol»—, pero afirma sin vanidad que ha trabajado más que todos los demás, «aunque no he sido yo —asegura—, sino la gracia de Dios conmigo» (1 Cor 15, 9-10).

Andreas F. Borchert (CC by-sa 4.0)



La pesca milagrosa - Catedral de San Quíliano, Cobh (Irlanda)

Finalmente, en el Evangelio, ante dos barcas detenidas en la orilla del lago, Jesús desafía a sus discípulos y les ordena que salgan hacia aguas más profundas. Pedro reconoce el fracaso de toda una noche de esfuerzos —«Hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada»—, pero intuye que el fracaso puede ser el punto de partida hacia el éxito cuando uno se propone cooperar con la gracia: «Por tu palabra, echaré las redes» (Lc 5, 5). Y se produjo el milagro.

No sin razón, comentó el Dr. Plínio: «Cuando el tormento o la tormenta haya llegado al auge, es el momento de preparar el incienso y todo lo necesario para cantar el magníficat. Porque cuando el sufrimiento llegue al auge, Nuestra Señora intervendrá y nos salvará».³

Así pues, los hombres han de reconocer que no es posible actuar sin Dios y que nada, absolutamente nada bueno y verdadero —en cualquier campo de la actividad humana— puede hacerse sin el auxilio de la gracia.

«Mi alma engrandece al Señor!» (cf. Lc 1, 46), cantó María. «Engrandecer» es reconocer la necesidad de recurrir a Dios en todos los actos de nuestra vida. He aquí la enseñanza de la Virgen para la humanidad fracasada por el pecado original. ♣

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Revolução e Contra Revolução*. 9.^a ed. São Paulo: Arautos do Evangelho, 2024, p. 36.

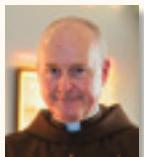
² *Idem*, p. 188.

³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Conferencia*. São Paulo, 3/1/1967.

«Cuando los hombres se deciden a cooperar con la gracia de Dios, son las maravillas de la historia las que así obran», pues «no hay nada que pueda derrotar a un pueblo virtuoso y que verdaderamente ama a Dios»

¿Confiar en Dios o confiar en el hombre?

✉ P. Steven Schmieder, EP



Buscar en Dios el auxilio para ganar las batallas de la vida espiritual es la única garantía de victoria en una guerra en la que la incapacidad humana se manifiesta a cada paso

La liturgia de este domingo es como una espada de doble filo. La primera lectura, tomada del libro del profeta Jeremías, es de una claridad penetrante: «Maldito quien confía en el hombre» y «Bendito quien confía en el Señor». Se trata de una maldición y de una bendición que nos acompañan a lo largo de esta vida y se fijan para siempre cuando cruzamos el umbral de la eternidad. Pero ¿en qué consiste esa confianza en uno mismo o en Dios?

El P. Lorenzo Scupoli, destacado autor del siglo XVI, escribió un libro titulado *Combate espiritual* —que se convirtió en una referencia en materia de vida interior para San Francisco de Sales—, en el que aborda este tema de forma luminosa. Según ese sacerdote, desconfiar de uno mismo y confiar en Dios es la clave para alcanzar la victoria en la ardua lucha del progreso espiritual:

«Así como de nosotros, que nada somos, no podemos prometernos sino frecuentes y peligrosas

caídas, por cuyo motivo debemos desconfiar siempre de nuestras propias fuerzas; así con el socorro y asistencia de Dios conseguiremos grandes victorias y ventajas sobre nuestros enemigos, si convencidos perfectamente de nuestra flaqueza, armamos nuestro corazón de una viva y generosa confianza en su infinita bondad».¹

Es menester que pongamos toda nuestra confianza en Dios, pues, como dice el profeta, el que espera en el Señor se asemeja al «árbol plantado junto al agua» que no teme la llegada de la sequía; mientras que el que confía en sí mismo verá su corazón alejarse del Señor, con las fatales consecuencias *post mortem* que esto puede acarrear.

En el Evangelio de este domingo, San Lucas nos introduce aún más en esta verdad. De los labios infinitamente sabios de Nuestro Señor escuchamos, en detalle, bienaventuranzas y lamentaciones que deben marcar a fuego nuestra vida de católicos comprometidos con la mayor gloria de Dios y movidos por el deseo de conquistar la corona imperecedera de la felicidad eterna.

De hecho, los que confían en sí mismos se vuelven insaciables de bienes económicos, de diversiones y placeres, de abundancia y fama. El dinero se convierte en un ídolo; los deleites, en pago de una vida sin sentido; y el ser bien visto, en una corona pasajera... ¡Ay de los que viven así, lejos de Dios y atrapados en el egoísmo!

Por el contrario, los que confían en Dios tienen en Él y en su amor su única recompensa. Por eso desprecian el oro y la plata, renuncian a los deleites ilícitos de la carne y están dispuestos a ser calumniados y perseguidos si la fidelidad a Dios así lo requiere. La fuerza que les viene de lo alto hace que todas estas cosas sean despreciables y minúsculas, porque, parafraseando a la gran Santa Teresa, Dios, y sólo Dios, les basta. ♣

Reproducción



San Pedro salvado de las aguas, de Lluís Borrassà - Iglesia de San Pedro, Tarrasa (España)

¹ SCUPOLI, Lorenzo. *Combate espiritual*. Barcelona: Librería Religiosa, 1850, t. I, pp. 32-33.



Perdonar es cosa de gigante



✉ P. François Bandet, EP

El Evangelio de hoy, que se lee en paralelo al de San Mateo (cf. Mt 5, 38-48), nos invita a tener alma de gigante y a ser magnánimos;¹ amar a nuestros enemigos y a hacer el bien a los que nos odian, bendiciendo a los que nos maldicen y rezando por los que nos calumnian (cf. Lc 6, 27-28).

San Agustín² afirma que mayor obra es hacer del impío un justo que crear el cielo y la tierra, pues tanto para crear como para perdonar se requiere igual poder, pero para perdonar se requiere mayor misericordia. Y Santo Tomás de Aquino³ afirma que el perdón es la máxima manifestación de la omnipotencia divina.

Así, en el desierto de Zif, David tenía en sus manos a su mayor enemigo y perseguidor, el rey Saúl. Sin embargo, aun sabiendo que Dios lo había entregado en su poder, no quiso extender sus manos contra el ungido del Señor (cf. 1 Sam 26, 23), enseñándonos que el perdón es propio de los grandes.

Más tarde, el rey profeta cantaría que «el Señor es compasivo y misericordioso» (Sal 102, 8), mostrando que perdonar significa olvidar, curar y dar nueva vida. El perdón, por tanto, nos hace partícipes de la propia omnipotencia de Dios, que «no nos trata como merecen nuestros pecados», sino que «aleja de nosotros nuestros delitos» (Sal 102, 10.12).

Pero la escuela de Jesús va más allá. Con autoridad de supremo Legislador, amonesta: «Sed misericordiosos como vuestro Padre también es misericordioso. No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados; dad y se os dará» (Lc 6, 36-38). Y San Pablo invita a los de Corinto a ser espejo de Jesús, pues «lo mismo que hemos llevado la imagen del hombre terrenal, llevaremos también la imagen del celestial» (1 Co 15, 49).

No obstante, cabe señalar que perdonar no significa condescender con el mal. El perdón tiene una condición: el arrepentimiento. En el capítulo 18 del Evangelio de San Mateo, Nuestro Señor tra-

za la hoja de ruta de la corrección fraterna, porque la misericordia sin justicia es complicidad y connivencia con el demonio, el mundo y la carne.

Por último, hemos de recordar que, en María Inmaculada, Dios anticipó el perdón eximiéndola del pecado original. En la Santísima Virgen, exclama San Lorenzo de Brindis, el Señor «ha hecho maravillas, pero maravillas realmente singulares, porque la grandeza de María excede sin comparación a toda otra grandeza creada».⁴ A los hombres, Dios les ha perdonado muchos pecados; pero en cuanto a Nuestra Señora ha hecho imposible que cometiera alguno. ♦

*Se le llama
a alguien
magnánimo
por las cosas
grandes que
hace. ¿Y qué
es lo mayor
que se puede
hacer en
esta tierra?
¡Perdonar!*

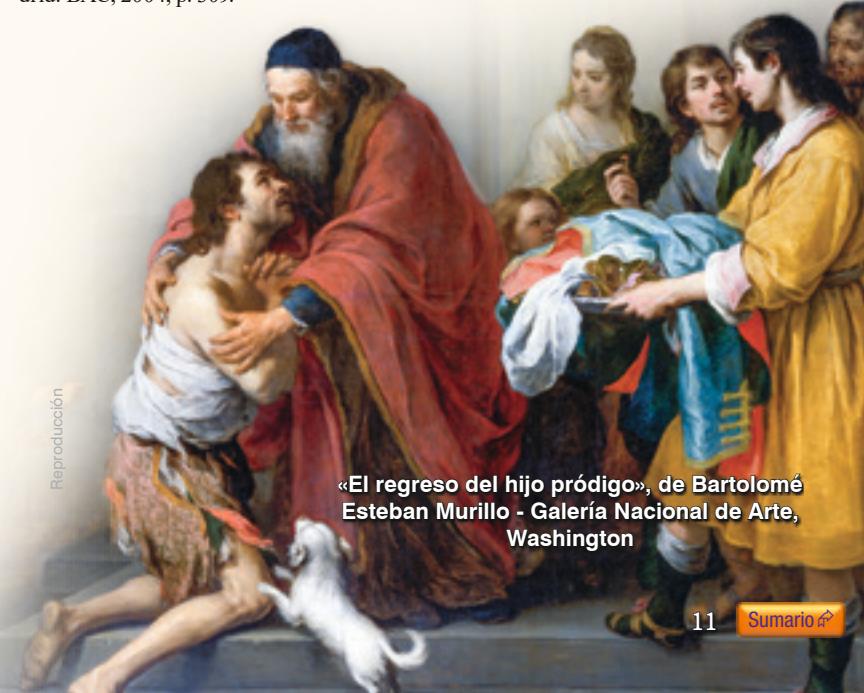
¹ «[Se llama] magnánimo al que tiene el ánimo orientado hacia un acto grande» (SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 129, a. 1).

² Cf. SAN AGUSTÍN. *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*. Tratado 72, n.º 3.

³ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., I, q. 25, a. 3, ad 3.

⁴ SAN LORENZO DE BRINDIS. «Alabanzas e invocaciones a la Virgen Madre de Dios. Sermo IX», n.º 3. In: *Marial*. Madrid: BAC, 2004, p. 309.

Reproducción





Conversión: una iniciativa de Dios

A fin de atraernos a la santidad, la Divina Providencia envía una gracia especial de conversión; en la coyuntura actual, la humanidad necesita de este auxilio para cumplir los planes que Dios tiene para ella.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

«*Todo es gracia!*», decía Santa Teresa del Niño Jesús, sin conocer a fondo teología... Es lo que sucede con los santos: son asistidos por una acción especial del Espíritu Santo, que los lleva a afirmar elevados principios doctrinales sin haberlos estudiado.

Y la máxima de la santa de la pequeña vía se aplica de modo particular a la conversión de un alma.

Fruto de una iniciativa divina

Santo Tomás de Aquino¹ afirma categóricamente que la conversión es una gracia que viene de Dios, como fruto de una iniciativa suya. Es decir, nadie busca convertirse por impulso propio, sino que Dios crea una gracia para tocar profundamente esa alma. Por lo tanto, el primer paso hacia la conversión es dado por un impulso de la gracia. Éste es un principio teológico que fue objeto de discusión incluso con los pelegianos.²

Así lo explica con precisión el doctor P. Garrigou-Lagrange: «No es en virtud

de la deliberación ni de un acto anterior lo que hace que el pecador, en el momento de su conversión, sea movido a querer eficazmente el fin último sobrenatural, porque todo acto anterior es inferior a ese querer eficaz, y [su eficacia] no puede sino predisponerlo favorablemente. Es necesaria, pues, una gracia operante especial».³

Es decir, cualquier esfuerzo o acto previo encaminado a un cambio es inferior a esa gracia, de modo que no produce la conversión.

Nadie busca convertirse por impulso propio: se necesita una gracia operante especial para mover las almas a cambiar de vida

Por lo tanto, la conversión es una gracia operante y eficaz: una vez dada por Dios, produce aquello para lo que fue creada, sin posibilidad de que la persona la niegue ni oponga obstáculos o resistencia. Al recibir esta gracia, se convierte y pasa a ser lo que Dios quiere.

Una loca ilusión

Con frecuencia, el apóstol se engaña al pensar que es él quien convencerá con tal o cual método al individuo objeto de su predicación, bien porque posee luces especiales y conocimiento de la doctrina católica, bien porque es una persona muy simpática, de agradable conversación, dotada de un don de atracción y de un carisma con el que encandila a su interlocutor. Ilusión y locura, ¡porque eso no es verdad!

¡Lo que convierte a una persona es la gracia! Si Dios no toma la iniciativa, por mucho que uno hable y se valga de ratiocinios para convencerla, la persona se resiste, y las habilidades y la diplomacia del apóstol quedarán en nada.

Una imagen creada por el Prof. Plínio Corrêa de Oliveira ilustra bien esta realidad. Si Nuestro Señor Jesucristo, con toda su sabiduría divina, quisiera hacer apostolado con los trescientos sabios más grandes de la historia, pero prescindiera de la gracia que Él mismo crea, no movería a uno solo de esos sabios a la práctica de un acto de virtud siquiera.

Así pues, no sirve de nada querer hacer apostolado abs-trayéndose de la gracia, porque es imposible. La principal acción de un apóstol es la oración. Si no reza, no conseguirá nada, por mucho que se crea un coloso.

Todo depende de la gracia

Esa primera gracia de conversión es un arrebato de la voluntad, un prodigo puesto por Dios en el alma.

Desde el momento en que el individuo se convierte y ya quiere eficazmente su fin último, comienza a poner en práctica los medios para ello, ayudado e impulsado también por otra gracia, sin la cual no lo haría. Empieza a recibir gracias cooperantes —aquellas en que el alma es movida por Dios, pero requiere la contribución de la voluntad—, que la invitan a dar adhesión a lo que fue objeto del encanto producido por la gracia operante.

La labor del apóstol será, entonces, tratar bien al sujeto de su apostolado, ayudarlo, acompañarlo, explicarle lo necesario. Así facilitará la acción de la gracia cooperante y creará el ambiente para que ésta produzca los efectos de la gracia primera.

Cuando alguien tiene un buen pensamiento, la iniciativa ha venido de Dios, que lo sostiene y estimula. Esta gracia despierta en él un deseo de poner en práctica ese pensamiento, lo cual, a su vez, es otra gracia distinta

de la primera; se trata de una segunda gracia.

Si el individuo corresponde a esta segunda gracia y, de hecho, toma una resolución en función de ella, otra gracia, diferente de las dos anteriores, entra en el acto que va a practicar después.

Lo pone en práctica y aparece un obstáculo. Para superarlo, tendrá que

tomar una decisión: otra gracia. Ya son cuatro gracias distintas.

Después de esta victoria, en otras circunstancias, tendrá que repetir ese acto para precisamente perseverar en la virtud. Cada vez que lo haga, recibirá una gracia diferente.

Habiéndolo hecho muchas, muchas veces, se tornará virtuosa; al mirar atrás, para no sucumbir a la tentación de la vanidad, necesitará otra gracia. Y para llegar a la perfección de aquella virtud, una gracia más, porque sólo con esfuerzo no se llega a esto.

Luego, ¡todo es gracia!

El ejemplo de San Pablo

Fijémonos en magníficos ejemplos de santidad, como lo es San Pablo. ¡Qué santo tan extraordinario, fogoso, enérgico, decidido!

Pero él mismo afirma que era un criminal e incluso un abortivo (cf. 1 Cor 15, 8). Se dirigía a Damasco con la intención de dañar a la Iglesia de Dios y dar muerte a los cristianos, a quienes detestaba. Pues bien, fue en este camino donde cayó del caballo y, en poco tiempo, se transformó en apóstol.

¿Cómo pasó San Pablo de perseguidor a anunciador? ¿Qué oración rezó? ¿Qué acto de virtud practicó que movió a Dios a concederle una gracia?

¿Qué hizo para merecer la conversión? ¡Nada! Al contrario, obró mal, quiso cometer crímenes, estaba empeñado en el malvado objetivo de perseguir a los cristianos... Y fue derribado del caballo porque el Señor así lo quiso.

Fue un don de Dios. La gracia lo alcanzó en determinado momento de su vida y, por misericordia, lo transformó de perseguidor en anunciador, en santo que convivió con Nuestro Señor Jesucristo en cuerpo glorioso durante tres años en el desierto, siendo instruido por Él.



Francisco Léaños

«Conversión de San Pablo», de Vicente Juan Masip - Museo de la Catedral de Valencia (España). En la página anterior, Dios Padre - Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, Verrières-le-Buisson (Francia)

San Pablo pasó de perseguidor a anunciador por un don de Dios: la gracia lo atrapó y, por misericordia, lo transformó



He aquí la imagen que San Juan Crisóstomo nos da sobre la misericordia divina:

«Considera a Pablo, que primero fue blasfemador, después apóstol; primero perseguidor, después anunciador; antes prevaricador, luego dispensador; antes cizaña, luego trigo; antes lobo, luego pastor; antes plomo, luego oro; antes corsario, luego piloto. [...] ¿Qué es, entonces, el pecado comparado con la misericordia de Dios? Una telaraña. Sopla el viento, la telaraña se deshace».⁴

Una conversión obrada por intercesión de la Virgen

¡Cuántos otros hechos similares existen! Tomemos, por ejemplo, el caso del P. Alfonso Ratisbona, fundador de la Congregación de Nuestra Señora de Sion.

Era judío de raza y religión, y un día entró en la iglesia de Sant'Andrea delle Fratte, de Roma, acompañando a un amigo que ya le había instado a que se convirtiera, sin resultado alguno. Tan sólo había aceptado llevar una medalla milagrosa en el bolsillo. Mientras su amigo fue a tratar un asunto en la sacristía, Alfonso Ratisbona se quedó junto a un altar lateral.

De repente, la Virgen se aparece en lo alto del altar y le indica que debía arrodillarse. Alfonso así lo hace y allí mismo se convierte.

¡Esta es una conversión espectacular! ¿Quién podría hacer eso? Únicamente una gracia, por iniciativa de Dios.

Confianza en la misericordia

Se dice impropriamente que Dios tiene misericordia. La realidad, sin embargo, es mucho mayor: Dios

es misericordia. ¿Qué es la misericordia? ¡Es la esencia de Dios!

«Dios precede su nombre con la misericordia. Por eso es llamado compasivo y misericordioso, piadoso y clemente, padre de las misericordias, Dios de todo consuelo, etc. (cf. Éx 34, 6; Sal 110, 4; 2 Cor 1, 3), para significar

Si la Virgen nos perdona, Dios hace mucho más. A pesar de nuestras miserias y defectos, ¡no podemos desanimarnos nunca!



Francisco Lecaros

Conversion de Alfonso Ratisbona - Iglesia de Sant'Andrea delle Fratte, Roma

que es propio de Dios apiadarse y perdonar, y que la misericordia le es connatural, íntima y esencial, y de ella, como nombre propio, Dios se gloria».⁵

Toda criatura, incluso Nuestra Señora, tan sólo es una imagen de la misericordia divina y de ella participa. Si la Santísima Virgen nos perdona, imaginemos cuánto no lo hará Dios, más aún si contamos con su intercesión.

De modo que nosotros, que sufrimos con nuestras propias miserias, que cargamos con una serie de defectos, imperfecciones y caprichos —que forman parte de nuestra naturaleza humana caída por el pecado original, arruinada por los pecados de nuestros antepasados, por nuestros pecados actuales y por la situación deteriorada de nuestra generación— ¡no podemos desanimarnos nunca!

Mientras no queramos continuar así, por relajación o tibieza, no nos perturbemos jamás. Confiamos en la misericordia de Dios, pidamos, pidamos y pidamos, que la solución llegará en algún momento. Por mucho que seamos el peor desastre de la historia, por muy grandes y complicados que sean nuestros problemas, para Dios todo eso no son más que telarañas. Él sopla y nada se le resiste, se desvanecen.

Si la Providencia actuó así con San Pablo, ¿por qué no va a apiadarse de nuestra generación, destruida por el proceso multisecular llamado Revolución?

«Grand Retour»: la gran conversión

Dios puede superar todo esto.

Todavía existen almas aquí, allá y acullá, que tienen sed de lo maravilloso y en las que hay destellos de preservación, porque la Revolución

no ha adquirido un grado absoluto de universalidad. Ésta puede llegar más abajo —hasta el punto de que sean perseguidos y considerados desequilibrados, locos y anormales los que cumplen la ley de Dios—, pues, así como el límite de la perfección es el Cielo, el límite de la decadencia es el Infierno. Hasta dónde tolerará Dios esta situación, no se sabe...

Ahora bien, si el demonio tarda años en lograr que una persona decaiga, esta misma persona puede subir maravillosamente con una gracia operante, eficaz, sobreabundante.

Ésa es la confianza que tenía el Dr. Plinio —confirmando un pronóstico hecho por San Luis Grignion de Montfort y basado en su predicción—, en la venida del Espíritu Santo sobre la humanidad con gracias especiales, en un soplo divino que, en medio de la inmoralidad, la locura y el caos, de repente, hará desaparecer no sólo las telarañas, sino las piedras del Himalaya que existen en nuestras almas. Entonces se producirá una conversión en masa impresionante. A esta gracia la llamaba *Gran Retour*.

En su obra *Revolución y Contra-Revolución*,⁶ el Dr. Plinio habla de un choque restaurador mediante el cual las personas, tras haber llegado a una decadencia que las lleva, metafóricamente, a comer las bellotas de los cerdos como el hijo pródigo, pueden tener de repente un resurgimiento. Por lo tanto, esta conversión experimentará un efecto verdaderamente maravilloso.

Ahora bien, la conversión es fulminante, pero ha de dar frutos y éstos son demorados: las construcciones, los modos de ser, el comportamiento, las externalidades deben ser otras. No se trata de una conversión en la que la persona se vuelva *ipso facto* como un angelito barroco en el Cielo; por el contrario, con las armas en la mano y luchando, tendrá que conquistar todo.



Monseñor João en una reunión en 1998

El Espíritu Santo vendrá sobre la humanidad con gracias especiales, en un soplo divino que promoverá una conversión en masa

Y esto no ocurre de la noche a la mañana.

Esta esperanza debe constituir nuestro horizonte, debe ser para nosotros el fundamento de la certeza de la victoria. No queremos otra cosa: que todos seamos uno; una sola doctrina, una sola religión, dirigidos por un solo pastor. Se trata de que no dejemos nunca de confiar en el amor y la intercesión de la Santísima Virgen. En determinado momento, nuestra palabra habrá sido atendida, oída, recibida, acogida: con base en la gracia que Ella nos obtiene y

distribuye entre nosotros, nos transformaremos y Ella instaurará su Reino. ♣

Fragmentos de: *Conferencias*, 19/5/1997, 2/11/1997, 15/3/1998, 14/6/2000, 5/7/2000, 10/10/2008; *Clases*, 2/8/2002, 30/8/2002; *Meditación*, 17/8/1992.

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 109, a. 6. Véase el artículo de la sección «Santo Tomás enseña», de esta misma edición.

² Cf. GARRIGOU-LAGRANGE, OP, Réginald. *Les trois âges de la vie intérieure*. Paris: Du Cerf, 1951, t. I, p. 114.

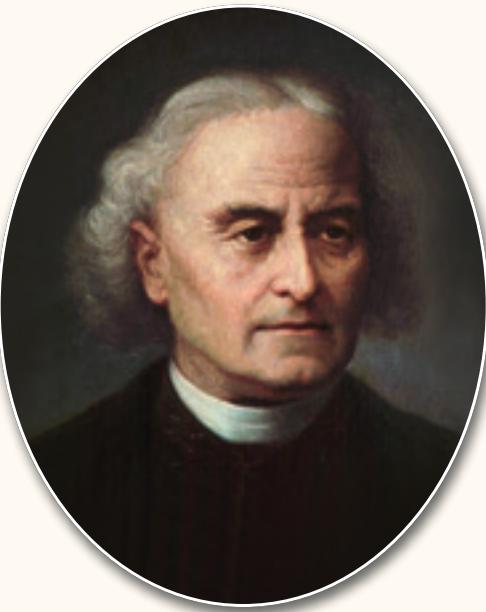
³ *Idem*, p. 120, nota 1.

⁴ SAN JUAN CRISÓSTOMO. *In Psalmum L. Homilia II*, n.º 3-4: PG 55, 578-579.

⁵ CORNELIO A LÁPIDE. «Commentaria in Ecclesiasticum». In: *Commentarii in Sacram Scripturam*. Lugduni: Pelagaud et Lesne, 1841, t. V, p. 1083.

⁶ Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Revolução e Contra-Revolução*. 9.ª ed. São Paulo: Associação Brasileira Arautos do Evangelho, 2024, pp. 177-185.

Grandes conversiones – Teodoro Ratisbona, un auténtico hijo de Israel



De la sinagoga a la Iglesia Católica

La historia puede narrar bellísimas conversiones que tuvieron lugar entre los más diversos pueblos; pero las intervenciones del Señor en la vida de los de su raza son especialmente commovedoras.

✉ Hna. Patricia Victoria Jorge Villegas, EP



Apartir de aquel momento, la vida de Teodoro tomaría otro rumbo. Saliendo de casa se encontró con su hermano. «¿Adónde vas?», le preguntó éste estrechándole la mano. «Aquí cerca», le respondió. De hecho, estaba «cerca»... Sólo daría un paso para llegar al destino deseado: un paso, un quitarse el velo (cf. 2 Cor 3, 16) «del judaísmo al cristianismo, de la sinagoga a la Iglesia, de Moisés a Jesucristo, de la muerte a la vida».¹

Sin embargo, ¡cuántas luchas precedieron a ese gran día!...

Abriendo camino a su hermano

Alfonso Ratisbona se hizo muy famoso en el mundo católico por su prodigiosa conversión. Pero lo que casi nadie sabe es que su hermano Teodoro le precedió en el camino de la fe.

La acción de la gracia en el alma de Alfonso fue fulminante; en el corazón de Teodoro se insinuó con delicadeza. Como la aurora, la luz de la Santísima Virgen rasgó de una sola vez las tinieblas que dominaban el espíritu de Alfonso; con Teodoro, Dios actuó suavemente, iluminando su interior como los rayos del crepúsculo, poco a poco.

No obstante, bien podemos creer que las luchas espirituales de Teodoro en el proceso de su conversión abrieron camino para que también Alfonso entrara un día en el corazón de la Santa Iglesia.

Primeras críticas al judaísmo

Teodoro Ratisbona pertenecía a la familia Cerfber, afincada en Estrasburgo (Francia) y su padre era presidente del consistorio israelita. Toda su educación infantil se basó en las tradiciones y costumbres judías, a pesar de no haber recibido una formación propiamente religiosa. Su madre fue la única figura que le enseñó, con su

ejemplo, principios morales. Por eso, su temprana muerte lo sacudió a fondo e inclinó su temperamento hacia asuntos más serios.

«El nombre de judío empezaba a ruborizarme», confesó. De hecho, la asistencia a la sinagoga y a las asambleas judaicas engendró en su alma grandes críticas contra la poca dignidad de quienes allí se reunían. «¿Por qué no ha venido todavía el Mesías?», pensaba; y poco a poco fue desdeñando incluso la creencia en esa venida. Y como su padre no le obligaba a participar en ritos judaicos, acabó distanciándose de la religión.

De la duda al escepticismo

Con la ausencia de su madre, su alma comenzó a sentir un vacío tremendo. Deseaba amar y ser amado; y buscaba ser comprendido, porque ya no se comprendía a sí mismo.

Hizo una estancia en París, pero la amargura interior de su corazón sólo creció: «No conocía yo a ningún hombre, ningún libro que pudiera instruirme en las cosas eternas». Siempre le había horrorizado el cristianismo, por tradición familiar, y lo consideraba ido-

En el alma de Teodoro Ratisbona la gracia de la conversión se insinuó con delicadeza, iluminando su interior como los rayos del crepúsculo

latría; y el judaísmo se había convertido para él en una vergüenza: «La sinagoga era como una barrera entre Dios y yo».

A la edad de 25 años surgieron las primeras solicitudes para el matrimonio. Teodoro pensaba que podría encontrar su felicidad por ese camino. Con todo, antes de tomar cualquier decisión, quería disfrutar del mundo y pasó un tiempo persiguiendo placeres ilusorios.

En cierto momento, una duda rondaba su conciencia: «¿Cuál es el propósito por el que estoy en esta tierra?». Vivía sin religión, sin ambicionar ni el bien ni el mal... ¿Qué sentido tenía su existencia?

En busca de respuestas, navegó en las aguas a menudo peligrosas de la filosofía y acabó familiarizado con la literatura filosófica del siglo XVIII, tan alejada de la verdad. Se dedicó exclusivamente al estudio: encerrado en el lugar más apartado de su casa, pasaba el día leyendo y meditando, comiendo solamente lo necesario para subsistir, a veces sin dormir. Según afirmaría

él, murmuraba con Rousseau y se reía con Voltaire... Cayó así en un total escepticismo y, para su desgracia, muchos le aplaudieron por ello.

En el fondo de ese abismo de incredulidad, no obstante, la tristeza invadió su alma y se acordó del Dios de su infancia. «¡Oh, Dios!, si realmente existes, hazme conocer la verdad y, por adelantado, juro que te consagrare mi vida».

De hecho, la tormenta se calmó: había llegado el momento de la gracia.

Entre el Dios de los judíos y el Dios de los cristianos

Decidido a abandonar Estrasburgo, se marchó a París para terminar sus estudios de Derecho allí. Esperaba encontrar maestros que llenaran el vacío de su alma. Aunque, apenas había iniciado sus proyectos de estudio en la capital francesa, un extraño sentimiento comenzó a atormentarlo y una voz interior le decía: «Tienes que volver a Estrasburgo!». «¿Qué? ¿Volver a Estrasburgo?», pensó. ¡Acababa de salir de allí! ¿No quedaría mal regresar sin haber empezado siquiera la ejecución de sus planes? Pero la voz reso-

naba en su mente como una campana: «¡Estrasburgo!». Al no poder resistirse al clamor de su conciencia, Teodoro retornó a su ciudad.

Recién llegado, se le acercó un joven desconocido que lo invitó a participar en un curso que sería dirigido por un gran filósofo, profesor de excelente reputación, llamado Bautain. Ese joven —ni se lo imaginaba!— pronto se convertiría en su mejor amigo y, más tarde, en su hermano en el sacerdocio.

El curso fue completamente inédito para Teodoro. El expositor enseñaba la verdad universal a partir de la Sagrada Escritura, lo que daba fuerza y virtud a su discurso. Como el hielo ante el sol, toda la resistencia del corazón de Teodoro comenzó a desvanecerse. El cristianismo penetraba en su alma sin consultar a la razón...

A pesar de todo, empezaba para él una ardua lucha, no contra criterios racionales, sino contra los restos de judaísmo arraigados en su alma. «Ya creía en Jesucristo y, sin embargo, no me decidía a invocarlo, a pronunciar su nombre, ¡tan profunda e inveterada es la aversión de los judíos a este nombre sagrado!».

Ahora bien, durante una estancia en Suiza, contrajo una terrible enfermedad que lo dejó al borde de la muerte. No queriendo ofender al Dios de Abraham invocando al Dios de los cristianos, no sabía a quién recurrir... Pero en cierto momento le sobrevino una lancinante desesperación y de sus labios escapó el adorable nombre de Jesucristo. Al día siguiente, la fiebre le abandonó. A partir de entonces, pronunciar el nombre de Jesús se le hizo dulce y agradable, y también empezó a invocar a la Virgen María como su Madre.

En su búsqueda de la verdad, el joven Teodoro pasó de la sinagoga a un completo escepticismo, hasta que se acordó del Dios de su infancia...

En el destacado, retrato de Teodoro en su juventud; abajo, vista de Estrasburgo a finales del siglo XIX. En la página anterior, Teodoro al final de su vida





Finalmente, brotó de su corazón un deseo: ¡ser bautizado! Aunque su situación era delicada y requería prudencia...

Caminando de claridad en claridad

Al acabar sus estudios de Derecho, su padre le dio el cargo de director de las escuelas judías del consistorio. Ayudado por dos amigos de su misma raza que también habían asistido al curso de Bautain, reformó la enseñanza y comenzó a dar conferencias para contribuir en la educación de los niños. Los auditorios se llenaban para escuchar sus exposiciones, tal era la fuerza de la predicación de la verdad. Una bendición acompañaba todos esos emprendimientos. Y, al igual que había ocurrido con ellos, la sinagoga empezó a cristianizarse sin saberlo...

Incluso con esos progresos, la fe que nacía en su corazón exigía un alimento más sólido. Necesitaba dar pasos en la Iglesia Católica. La primera vez que asistió a una misa solemne, Teodoro pensó que había llegado al Paraíso. Los cantos, las oraciones, el sacerdote que presidía, el Santísimo Sacramento..., todo parecía venir del Cielo! Lo que había oído acerca de la grandeza del Templo y del culto en

Jerusalén encontraba su auténtica realización en ese altar. ¡Ahí estaban los verdaderos adoradores de Dios!

Desde el inicio de las clases con Bautain, Teodoro había comenzado a leer la Sagrada Escritura. Un día, a las nueve de la noche terminó el Antiguo Testamento y empezó las primeras páginas del Nuevo Testamento: ¡los Evangelios! Tanto le atrajo que se leyó de un tirón el Evangelio de San Mateo; y otra noche, el de San Juan.

En medio de esas gracias, resurgieron las solicitudes para contraer matrimonio. Sus padres querían que se casara con una dama de la alta sociedad de Viena, lo que le trajo nuevos sueños de llevar una vida regalada y llena de placeres. Deseaba marcharse a la capital austriaca, pero... se sentía atrapado por una fuerza inexplicable.

Al final, la gracia de Dios le ayudó a resistir y se incorporó, con un grupo de amigos, a una pequeña sociedad en

la que cada uno se comprometía a vivir castamente, abandonado en manos de la Providencia.

Teodoro fue bautizado y, unos meses después, hizo la primera comunión. No necesitó muchas explicaciones sobre la Eucaristía: su fe había adherido a las palabras de Nuestro Señor Jesucristo sin atarse a criterios meramente racionales. Su corazón se dejó llevar por el sacramento del amor.

El eterno adiós a la sinagoga

En cierto momento, los miembros del consistorio empezaron a darse cuenta de que había cambiado. Su asistencia diaria a la Iglesia era vista por todos y no había forma de ocultar su religión. Los judíos comenzaron a presionarlo para que confesara su verdadera fe públicamente y fuera cesado de su cargo. Pero sólo el presidente del consistorio podía destituirlo, y ése era su padre.

Teodoro comprendió que debía desprenderse de todo afecto natural, y las palabras del Señor iluminaron su mente: he venido a traer la espada a la tierra (cf. Mt 10, 34). Había llegado el momento de separarse de su familia, del mundo y de la sinagoga.

Su padre, atribulado por diversas sospechas, lo invitó a una conversación privada y le preguntó si era cristiano. «Soy cristiano, pero adoro al mismo Dios de mis padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y reconozco que Jesucristo es el Mesías, el Redentor de Israel», afirmó. Tras unos instantes de silencio, el padre rompió en llanto. Teodoro también se deshizo en lágrimas, pues se le partía el corazón al verlo en esa situación por primera vez...

En respuesta, su padre declaró que de todos los males que había padecido en su vida ése era el peor y el único irreparable... Asustado con tanta ceguera, Teodoro intentó filialmente consolarlo. Pero una terrible desesperación invadió el corazón de su padre, y habría lanzado maldiciones contra su hijo si éste no hubiera abandonado la habitación apresuradamente.



A la izquierda, partida de bautismo de Teodoro; a la derecha, documento de su ordenación sacerdotal





Teodoro Ratisbona y su hermano Alfonso con miembros del Instituto Saint-Pierre de Sion, fundado en Jerusalén por la Congregación de Nuestra Señora de Sion

Teodoro estaba convencido de que era preferible perder la vida antes que abandonar la fe. Convocada la asamblea judía, se declaró cristiano delante de todos y preguntó si debía continuar en su puesto de director de las escuelas judías. Un anciano le dijo que solamente si se mantuviera judío. Para Teodoro, eso ya no era una opción válida. Sin perder más tiempo, se retiró. Ése fue su eterno adiós a la sinagoga.

Ese mismo día abandonó la casa paterna y se mudó definitivamente a una casa cristiana, donde le esperaban sus amigos católicos.

Consagrado al servicio de la Iglesia

Habiendo dejado atrás el mundo, se dispuso a cumplir un ardiente anhelo: ser sacerdote. «No sé cuándo se formó en mí ese deseo, ni cómo entró en mi alma; hoy me parece que vino con la vida misma», declararía más tarde.

En una casa de estudios superiores fundada en Molsheim por el obispo de Trevern, pasó dos años estudiando Teología. Fue un período difícil, lleno de desilusiones y decepciones; pero nada hizo tambalear su vocación.

Cultivaba en su alma la esperanza de ver convertido a su padre. De regreso a su ciudad natal, lo encontró al borde de la muerte. A pesar de su resisten-

Ordenado sacerdote en la Navidad de 1830, fundó más tarde la Congregación de Nuestra Señora de Sion, celoso por la conversión de sus hermanos de sangre

cia inicial al cristianismo, al final de su vida había mostrado interés por la religión católica, pero ya era tarde. Mientras agonizaba, Teodoro permanecía a los pies de la cama rezando por su alma. De repente, unos judíos entraron en la habitación y se precipitaron sobre Teodoro para sacarlo de allí. Pensando que lo iban a asesinar, gritó: «¡Jesús, socórreme!». En ese mismo momento, el moribundo expiró. La muerte se lo llevó antes de su conversión.

En la Navidad de 1830, Teodoro fue ordenado sacerdote y, poco después, nombrado vicario de la catedral de Estrasburgo. Movido por un gran celo por la conversión de sus hermanos

de sangre, fundó la Congregación de Nuestra Señora de Sion en 1842, de la cual fue misionero y superior general.

Aún le aguardaba una gloriosa batalla: la conversión de su hermano. «Sólo a uno de la familia odiaba: mi hermano Teodoro»,² confesó Alfonso más tarde. Y mientras intentaba olvidar a su hermano, Teodoro oraba por él...

La predilección divina redundará en gloria

La historia nos narra bellísimas conversiones que han tenido lugar entre los más diversos pueblos. Sin embargo, ¡cuán conmovedor es contemplar la intervención de Nuestro Señor Jesucristo, muchas veces por mediación de su Madre Santísima, en favor de los que son de su misma raza y de su misma sangre!

«Cuando Israel era joven lo amé» (Os 11, 1), afirma el Espíritu Santo por boca del profeta. He ahí la predilección divina por el pueblo judío. Y si bien es cierto que un velo cubre sus corazones hasta el día de hoy (cf. 2 Cor 3, 15), aquellos que se dejen atraer por la misericordia de Dios y crean en el Mesías que les fue enviado, se verán libres de ese obstáculo y contemplarán la gloria de Dios que Moisés y Abrahán quisieron ver en sus vidas, pero no pudieron.

Llegará un día en que estos hijos tan amados por el Altísimo reflejen en sí mismos el esplendor de un pasado cargado de heroicas hazañas y de innumerables prodigios, dándole a la Iglesia Católica la gloria que el Sagrado Corazón de Jesús espera ardientemente de ellos. ♦

¹ Todos los datos biográficos que constan en este artículo han sido tomados del relato del propio Teodoro Ratisbona recogido en: HUGUET, Jean-Joseph. *Célèbres conversions contemporaines*. 3.^a ed. Paris: Périsse Frères, 1882, pp. 133-160.

² LA MADONNA DEL MIRACOLO. Roma: Postulazione Generale dei Minimi, 1971, p. 12.

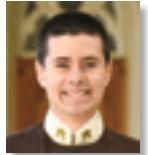


Roy Schoeman, progresivo desvelo de la fe

Perseguido por Dios, llamado por María

¿Conversión? No. ¡Tan sólo un paso adelante!

✉ João Paulo de Oliveira Bueno



Dos veces lloró Jesús, narran los evangelios. Una por Lázaro: era la pérdida de un ser querido; otra sobre la Ciudad Santa: perdía a su propio pueblo. La nación por la cual había venido al mundo lo rechazaba: «Jerusalén, Jerusalén...» (Lc 13, 34).

Las lágrimas que corrieron por su sagrado rostro, sin embargo, no fueron infructuosas. Aun antes de que llegue el día en que todo Israel se convierta y sea salvo (cf. Rom 11, 25-26), esa manifestación del amor divino ya comenzó a obrar la conversión de corazones elegidos. Así ocurrió con Alfonso y

Teodoro Ratisbona, Hermann Cohen y muchos otros, uno de ellos incluso muy cerca de nosotros...

Anhelo por Yahvé

Hijo de judíos alemanes refugiados, Roy Schoeman nació y creció en los suburbios de Nueva York a principios de la década de 1950, en el seno de una familia observante, que pronto se convirtió en uno de los pilares del conservadurismo judío local.

Desde temprana edad, no le faltó la conciencia y el orgullo de su raza y religión. Además de la instrucción básica ordinaria, Roy frecuentaba dos ve-

ces por semana el programa educativo de la sinagoga, donde fue introducido en las tradiciones paternas.

Su carácter naturalmente devoto ansiaba a Dios. Quería complacerlo. Sobre todo, sentía la altivez de pertenecer al pueblo elegido, que conocía el nombre de Yahvé. En palabras suyas, «fue en la escuela hebrea y en las actividades que giraban en torno a la sinagoga donde más me sentí en mi propia piel».¹

La mano divina, no obstante, invitaba interiormente a esa alma predilecta a dar un paso adelante.

Inquietudes religiosas

Una experiencia singular vivida en su tierna infancia muestra ese llamamiento. A pesar de un ambiente poco



«Feliz Navidad», de Viggo Johansen - Colección Hirschsprung, Copenhague

Reproducción

A pesar de un ambiente poco afecto a Cristo, éste lo atraía desde su infancia: «Sentí la cordialidad, el amor, la alegría de la Navidad, y la presencia real del Niño Jesús en el centro de todo»

afecto a Cristo, la primera frase completa que dijo el pequeño Schoeman fue: «¡Quiero un árbol de Navidad!». La palabra inglesa para esta fiesta —*Christmas*— contiene el nombre del Redentor. De hecho, su inocente deseo, aparentemente insignificante, se basaba en una profunda atracción por el Divino Infante: «Sentí la cordialidad, el amor, la alegría de la Navidad, y la presencia real del Niño Jesús en el centro de todo».²

Los encantos de la infancia, sin embargo, se fueron desvaneciendo. Y no transcurrió mucho tiempo para que aquel sentimiento sobrenatural que lo había consolado se transmutara en hostilidad. Schoeman lo cuenta así: «Era una especie de reacción a “uvas agrias” al ser rechazado, excluido, por aquello —en realidad, por aquel que más anhelaba»;³ y «cuanto más profunda era esta contradicción [...], más amargo era el antagonismo que sentía hacia todo lo cristiano».⁴

En busca de un sentido a su vida

Cuando ingresó en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, su mala comprensión de la relación entre religión y moral lo llevó a entregarse a las peores pasiones. «Durante un tiempo mi sed de Dios se sació con falsas consolaciones»,⁵ reconoció. Su creencia amorfa, debilitada por los vicios, redundó en un agnosticismo hedonista.

Aunque tenía éxito, la decepción empezó a llamar a su puerta. Buscando algo que llenara su vacío, experimentó unos meses de emoción con el alpinismo, con cursos de especialización su-

perior, con una distinguida carrera académica con máster en Administración de Empresas en Harvard y, por último, pasando años practicando el esquí. Nada le satisfacía... Y todavía esperaba un sentido mayor a su vida.

Se encontraba en estas circunstancias cuando, contemplando la belleza



Reproducción

Roy Schoeman durante una entrevista;
abajo, la playa de Cabo Cod
(Estados Unidos)

Tras caer en el agnosticismo hedonista, Roy ansiaba un mayor sentido a su existencia... Hasta que recibió la gracia más grande de su vida

de la naturaleza alpina durante una puesta de sol, la nieve reflejó los rayos del astro rey en sus últimos fulgores y elevó a Roy hasta el Creador. Era la primera vez en años que recordaba al único que podía satisfacerle.

«Caí... en el Cielo»

Por esa rendija abierta, Dios no tardó en entrar.

Tiempo después, caminaba solo por las dunas arenosas de Cabo

Cod cuando recibió la gracia más grande de su vida: «A falta de un término mejor, “caí en el Cielo”».⁶ De un momento a otro se encontró en presencia del Santo de los Santos. Se descorrió la cortina que lo separaba de lo sobrenatural y vio, dotada como de un valor moral, toda su vida ante el Altísimo. Su mayor pesar sería no haber considerado con cuánto amor lo había amado aquel que es misericordia.

De su corazón brotó una súplica: «Hazme saber tu nombre, para que pueda adorarte y servirte como es debido. No me importa si eres Buda, y tengo que hacerme budista; no me importa si eres Krishna, y tengo que hacerme hindú; no me importa si eres Apolo, y tengo que ser un pagano romano; ¡siempre y cuando no seas Cristo, y tenga que hacerme cristiano!».⁷

Entonces, Dios respetó esa oración... y no le reveló su nombre. La visión se desvaneció, pero Schoeman ya había cambiado.

La euforia de esta gracia duró semanas, lo que le llevó a buscar incesantemente a aquel que se le había revelado de manera tan misteriosa. En



Francisco Lecaros

Un año después, su alma fue arrebatada por una nueva gracia que confirmó su conversión: el encuentro con la Santísima Virgen

este empeño, su mayor provecho fue encontrarse con un antiguo compañero de universidad, en cuya residencia vio un libro titulado *Los cien mayores milagros de los tiempos modernos*. Le llamó la atención el portento ocurrido

durante la última aparición de la Santísima Virgen en Fátima, cuando miles de personas habían presenciado prodigios de grandeza bíblica. Y de este hecho concluyó que el Dios omnipotente no había limitado sus milagros al Antiguo Testamento...

Después de exactamente un año en esa búsqueda, empapándose de todo tipo de lecturas espirituales, la gracia lo arrebataría de nuevo en un segundo episodio de su conversión.

Se acostó judío y...

Tras acostarse y haber rezado una vez más para conocer el nombre de aquel que se le había aparecido, Roy se quedó dormido. En sueños, le despertaba una mano sobre el hombro, y lo llevaba ante la dama más hermosa que jamás podía imaginar. Su belleza, su voz y sobre todo el amor que irradiaba de Ella lo hicieron caer de rodillas. ¿Quién era? Schoeman lo intuyó enseguida: «Sabía, sin que nadie me lo dijera, que era la Santísima Virgen María».⁸

Si era la Virgen Santísima, también era la Madre amabilísima; y el afortunado pronto pudo confirmarlo. Con extrema bondad, Ella se dispuso a responder cualquier pregunta.

—¿Cuál es —le preguntó Roy, para comprobar si era acertada su impresión— tu oración favorita?

—Me gustan todas —declaró Ella, sin responder a la pregunta básica.

El hijo de Abrahán no se dio por vencido:

—Pero unas oraciones te agradarán más que otras...

Para asombro de Schoeman, y nuestro, la Madre del Mesías rezó una plegaria en... portugués, lengua desconocida para su interlocutor: «¡Oh María sin pecado concebida, ruega por nosotros que recurrimos a ti!».⁹

La razón por la que la oración de su predilección la dijera en ese idioma sigue siendo un misterio. Quizá aquella que se manifestó en Fátima y le habló en portugués a los pastorcitos lo aclare algún día.

No obstante, el hecho es que Roy amaneció cristiano.

La plenitud de la alianza

Luego de pasar horas en santuarios marianos tras tamañío favor, tomó la resolución de hacerse católico, sobre todo cuando, durante una estancia en un monasterio cartujo de Francia, se dio cuenta de que el cristianismo era la plenitud del judaísmo. La manera como los monjes recitaban los salmos del Antiguo Testamento, alabando a Sion y a los patriarcas hebreos, le abrió los ojos para reconocer en Jesús el Mesías Salvador. La verdadera estrella de Jacob, Cristo, se volvería su norte; y su brújula, el amor a Nuestra Señora.

Cuando en 1992 las aguas del bautismo lavaron su alma, su deseo más íntimo, tantas veces escondido o disfrazado a lo largo de su vida, se hizo realidad. A partir de entonces, su empeño sería propagar este testimonio entre los israelitas para que, como él, pudieran gozar de la dulzura de Cristo, la miel que destila la piedra para saciar a quienes se convierten a Él (cf. Sal 80, 17).

Deseaba que también se dieran cuenta de que Yahvé no les pide una conversión, sino sólo un paso adelante: que reconozcan la profecía cumplida, la plenitud de la alianza, el Dios con nosotros y la Virgen que lo concibió (cf. Is 7, 14). ♣

¹ SCHOEMAN, Roy. «Surprised by Grace». In: SCHOEMAN, Roy (Ed.). *Honey from the rock. Sixteen Jews find the sweetness of Christ*. San Francisco: Ignatius, 2007, p. 273.

² *Idem*, pp. 273-274.

³ *Idem*, p. 274.

⁴ *Idem*, p. 276.

⁵ *Idem*, p. 277.

⁶ *Idem*, p. 280.

⁷ *Idem*, pp. 281-282.

⁸ *Idem*, p. 284.

⁹ Cf. *Idem*, pp. 284-285.



Nadie puede recuperarse por sí mismo

Cómo se explica que tantas almas abandonen una vida de pecado o de paganismo para abrazar la cruz de Cristo con la esperanza de la felicidad eterna? ¿Qué hicieron para lograr un cambio tan radical? ¿Qué mérito tuvieron para ello? ¡Ninguno! Se convirtieron sólo porque Dios lo quiso: recibieron la gracia de la conversión y simplemente no pusieron obstáculos.

El Altísimo es quien busca a las almas, como nos lo explicará Santo Tomás. Denomina a la conversión «levantarse del pecado» (*Suma Teológica*. I-II, q. 109, a. 7) y afirma que el hombre «no puede recuperarse por sí mismo; necesita que se le infunda de nuevo la gracia, como si para resucitar a un cuerpo muerto se le infundiera de nuevo el alma» (a. 7, ad 2).

Para que haya conversión se supone que hay alguna laguna en el alma, si no la ausencia o pérdida de la gracia habitual infundida en el bautismo. Y «que el hombre se convierta a Dios no puede ocurrir sino bajo el impulso del mismo Dios que lo convierte» (a. 6), comenta el Doctor Angélico. Esto es porque, «cuando la naturaleza está intacta, puede recuperar por sí misma un estado que le es connatural y proporcionado; pero no puede sin un auxilio exterior recuperar un estado que sobrepasa su condición natural» (a. 7, ad 3).

El Señor no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (cf. Ez 18, 23). Y para ello únicamente pide su cooperación, instándole a de-

jarse llevar: «La gracia santificante la recibe el hombre después que, bajo el impulso de la moción divina, se ha esforzado con su libre albedrío por salir del pecado» (a. 7, ad 1).

Sin embargo, una vez cesado el acto de pecar, permanece el reato de la pena, que es la condición de reo del pecador que necesita reparar la ofensa cometida. Además, el Aquinate afirma que el pecado, por su deformidad, mancha el alma privándola del decoro de la gracia, corrompe la naturaleza y la desordena, haciendo que la voluntad humana no se someta a Dios (cf. a. 7).

Ahora bien, la reparación de estos tres males, continúa Santo Tomás, requiere invariablemente la intervención divina: «La belleza de la gracia

proviene de la luz de la iluminación divina, y no puede recuperarse más que si Dios ilumina de nuevo el alma. [...] A su vez, el orden natural por el que el hombre se somete a Dios no puede restablecerse más que atrayendo Dios hacia sí la voluntad del hombre, como ya dijimos. En tercer lugar, el reato de la pena eterna no puede ser perdonado sino por Dios, ya que contra Él se cometió la ofensa y Él es el juez» (a. 7). Por lo tanto, concluye, sin el auxilio de la gracia como don habitual y moción interior divina no hay conversión.

«Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (Ap 3, 20). Así pues, la gracia de la conversión es y siempre será una iniciativa de Dios. ♣



Ricardo Castielo Branco

El pecador no puede recuperarse por sí mismo; necesita que se le infunda de nuevo la gracia, como si para resucitar a un cuerpo muerto se le infundiera de nuevo el alma

El regreso del hijo pródigo - Iglesia Trinità dei Monti, Roma



En batalla por las almas

El central campo de batalla entre la Contra-Revolución y la Revolución se sitúa en el alma humana; sin embargo, sus métodos de conquista son antagónicos.

¤ Plinio Corrêa de Oliveira

Por mucho que digan lo contrario, los fenómenos de la sociedad humana sólo pueden estudiarse en el hombre. La sociedad es un conjunto de hombres y, por tanto, primero debemos analizar los principios que rigen el comportamiento de los seres humanos para estudiar luego cómo se aplican a la sociedad.

El principal campo de la batalla universal

El primer principio que podemos enunciar es el de la división de los hombres en tres categorías:

1) el *miles Christi*, el soldado de Cristo;

2) el *miles diaboli*, el soldado del demonio;

3) y el *amicus Christi et diaboli*, el pragmático.

No encontramos otros hombres sobre la faz de la tierra, al menos en los países de la civilización cristiana.

El *miles Christi*, o *miles Ecclesiae* —que es lo mismo—, es un hombre para quien lo principal en la vida es servir a la Iglesia Católica. Comprende de que todo el encanto, toda la belleza,

toda la gracia y toda la dignidad de la vida proviene de servir a la Iglesia Católica Apostólica Romana. Y por eso, para su felicidad, para su bienestar incluso, pero sobre todo para cumplir con su deber, se consagra en cuerpo y alma al servicio de aquella que es el arca de la alianza del Nuevo Testamento. El *miles Ecclesiae* puede ser, o bien un hombre muy inteligente, o bien muy ignorante. Ser *miles Christi* no es algo que provenga de la cultura, sino de la fe y del amor a la Iglesia.

En otra categoría —más difícil de que lo admitan los liberales—, tene-

mos al *miles diaboli*, el hombre que ama el mal. Alguien podría contraargumentar que en filosofía se estudia que el mal, en cuanto mal, no puede ser amado. Evidentemente eso es correcto. Pero el hombre tiene muchas maneras de engañarse a sí mismo, por las cuales llega a amar el mal bajo alguna razón de bien.

De ahí que muchos hombres sean entusiastas del mal, así como, por otra parte, nosotros, los contrarrevolucionarios, somos entusiastas del bien. Y es capital para este tipo de hombre extirpar el bien de la tierra e implantar el mal, del mismo modo que para nosotros es fundamental implantar el bien y extirpar el mal.

Entre estas dos categorías, tenemos la del hombre que es *amicus Christi et diaboli*. A ella pertenecen los que les gusta un poco Jesucristo y un poco el demonio, pero que en realidad no aman a Jesucristo, sino, de manera relativa, al demonio. Esos hombres ante todo se aman a sí mismos. A veces tienen cierta simpatía por Dios, a veces por el demonio, tratando siempre conciliar la luz con las tinieblas. Son los pragmáticos.



Reproducción

La vida se nos presenta como una batalla universal: el ejército de Cristo contra el ejército del demonio, luchando para conquistar a las almas indiferentes

Así, al dividir a los hombres en tres categorías, la vida en esta tierra se nos presenta como una batalla universal: el ejército de Cristo contra el ejército del demonio, luchando precisamente para conquistar a los indiferentes, a los que están divididos entre Cristo y Satanás, hombres relajados, indecisos y sin ideales.

Ése es sin duda el principal, pero no el único campo de batalla. Nosotros, que somos hijos de la luz, buscamos arrancar para la Iglesia a los hijos de las tinieblas, y éstos, a su vez, tratan de atraernos hacia las huestes de la Revolución. Sin embargo, sabemos que estas extirpaciones son muy difíciles, por lo que nuestra acción se concentra, sobre todo, en aquellos que están en el término medio y que constituyen así el principal campo de la batalla universal.

Inicio de la formación de los estados de espíritu

Uno de los puntos de la doctrina católica menos comprendido en nuestros días es el que afirma que el niño, por regla general, empieza a hacer uso de la razón a los 7 años y a partir de esa edad son capaces de cometer pecados mortales. Incluso hay un santo que afirmó haber visto en el Infierno a un niño de 5 años; pecó mortalmente y fue inmediatamente condenado al suplicio eterno.

Es también alrededor de los 7 años cuando empieza a formarse el revolucionario o el contrarrevolucionario. El niño, naturalmente, no tiene un conocimiento claro de eso. Pero el problema de la Revolución y la Contra-Revolución comienza a presentársele en su microcosmos infantil de tal manera que va formando un cierto panorama, una cierta visión, en la que ya va adoptando actitudes que, a su vez, implican una toma de posición en otros campos, no como algo fatal, sino probable.

En resumen, desde niño es cuando empiezan a formarse los estados de espíritu. Y es cierto que cada hombre tiene varias edades de revolucionario y de contrarrevolucionario.

Luz primordial y defecto capital

Si analizamos al hombre pragmático y lo comparamos con el revolucionario, veremos que no hay diferencia entre ambos; forman una sola cosa. El pragmático es un individuo que encontró su placer llevando una vida recta y, por eso, la lleva. El revolucionario, en cambio, encontró la alegría teniendo una vida mala y, en consecuencia, la tiene. Pero ambos buscan su propio placer, variando sólo en la forma de alcanzarlo.

De donde se concluye que pragmáticos y revolucionarios pertenecen a la misma familia, y que de hecho sólo hay dos categorías de personas en el mundo: los que son de la Virgen, del orden y de la Contra-Revolución; y los que son de la serpiente, del desorden y de la Revolución.

Sabemos, por otra parte, que hay dos hombres dentro de cada hombre, es decir, existe en cada uno de nosotros una luz primordial y un defecto capital.¹ La luz primordial nos inclina hacia la Contra-Revolución, y el defecto capital nos conduce hacia la Revolución. Pero cabe considerar que todo hombre, por muy firmemente anclado que esté en el lado de la Revolución, puede ser llevado hacia la Contra-Revolución, y viceversa. En otras palabras, hay una mutabilidad en el hombre en relación con ambos caminos. No existe —lo cual sería desolador— fijeza en cada una de las rutas.

Cómo se pasa de la Contra-Revolución a la Revolución

Dicho esto, uno podría preguntarse cómo pasa un hombre del camino de la Contra-Revolución al de la Revolución.

Como consecuencia del pecado original, el defecto capital tiene en el hombre una vivacidad aterradora, y con cualquier pequeña concesión se alimenta y se expande enormemente. Po-

Desde la infancia es cuando se delinean los estados de espíritu de los individuos, y empiezan a formarse revolucionarios y contrarrevolucionarios



Fotos: Reproducción

De arriba a abajo: «Hijos del marqués de Béthune jugando con un perro», de François-Hubert Drouais - Museo de Arte de Birmingham (Inglaterra); «Los jóvenes fumadores», de August Heyn. En la página anterior, «Roberto de Normandía en el sitio de Antioquía», de Jean-Joseph Dassy - Palacio de Versalles (Francia)



demos tomar el ejemplo de un hombre orgulloso que es miembro de una asociación cualquiera. Si le decimos que conocemos a todos los miembros de esa sociedad y que el de mayor valor personal es él, inmediatamente nos juzgará como un buen hombre y un excelente psicólogo. Dirá que lo conocemos bien y que tenemos una idea exacta de lo que realmente es él; que discernimos bien el aspecto por el cual él es superior a todos, y que tenemos buen corazón, pues lo que los otros no han visto, nosotros lo hemos percibido.

Lo que en realidad hicimos fue darse un veneno. Después de eso, la primera vez que alguien le reprenda por un pequeño desliz, se rebelará: «¿Cómo? Yo, que soy el más importante de todos, estoy siendo recriminado por un niño. ¿Quién es él para hacer eso?». A partir de entonces ya no tolerará nada, porque el más mínimo alimento dado al defecto capital tiene una prodigiosa capacidad de inflamación.

Así pues, si un hombre fuertemente contrarrevolucionario alimenta, me-

diente alguna concesión, su defecto capital, como este vicio principal tiene una fuerza de expansión similar a la de los gases, pronto invadirá a todo el hombre y lo dominará. Es el proceso mediante el cual alguien se convierte en revolucionario.

Cómo ocurre la conversión a la Contra-Revolución

¿Cuál es el proceso por el que alguien se convierte en contrarrevolucionario?

Todo hombre, por más que se haya pervertido, lleva dentro de su alma una figura completa de los ideales de bien y de verdad para los que ha sido creado. No obstante, a medida que va decayendo en la virtud, se produce un embotamiento de su conciencia hasta el punto de que esa figura tiende a desaparecer; va siendo sepultada, pero no destruida, como en la leyenda bretona de la *cathédral engloutie*:² de vez en cuando asoma a la superficie del mar, y recuerdos de bien, de moral, de virtud, de fe suben a la superficie del

alma del pecador y, de repente, empiezan a sonar sus campanas.

Entonces surge la posibilidad de la conversión. Para que ésta sea posible hay que emplear grandes energías y despertar los primeros principios.

Técnica de la conversión táctica de la perversión

Digamos ahora una palabra sobre el embotamiento. ¿Qué entendemos, en el lenguaje común, por un hombre embotado? Es aquel cuyo espíritu sólo tiene unos pequeños destellos, unos restos de clarividencia, y nada más.

En el fondo de todo pragmático hay pequeños restos de virtudes católicas embotadas; es por excelencia un hombre embotado. Cuando se habla de Jesucristo o de su Iglesia, sonríe con un poco de simpatía, como un sordo que logra oír las últimas notas de un concierto. Pero si se le amonesta acerca de su concupiscencia, su embotamiento sufre una metamorfosis, sus energías entorpecidas se despiertan y, o bien tratará de do-



«El vicio del juego», de Cornelis de Vos - Museo de Picardía, Amiens (Francia)

Todo hombre lleva en sí la figura del ideal de bien y de verdad, si bien que sepultada bajo las aguas de una conciencia embotada por el pecado

minarse, o bien se precipitará a los extremos.

Una de las consecuencias más importantes de estos efectos —tan importante que podría llamarse la filosofía de acción del contrarrevolucionario— puede enunciarse así: una es la técnica de la conversión, la otra, la de la perversión.

Esta última proviene de pequeñas concesiones. Por eso, la manera como es conducida una persona hacia la Revolución es, en general, la de las concesiones graduales que llevan a los hombres, punto por punto, hasta los extremos.

Pero para conducir a alguien hacia la Contra-Revolución tenemos que utilizar el método opuesto. Se trata de resucitar dentro de la persona lo que hemos llamado más arriba *cathédral engloutie*, y esto sólo puede ser provocado mediante un choque muy grande.

Esta idea queda más clara si nos valemos de otra imagen. El hombre usa una táctica para hacer que una persona se duerma y otra, para despertarla. En el primer caso, se reproduce una música lenta y dulce hasta que la persona se queda dormida. Pero para despertarla la utilización del mismo método no producirá el más mínimo resultado. La táctica, en esa circunstancia, será ¡tocar el bombo! Así pues, el vicio capital y la Revolución la adormecen, mientras que la Contra-Revolución la despierta.

El fenómeno de la «cristalización»

Cuando analizamos al individuo pragmático, vemos que es un hombre dividido; al mismo tiempo un *amicus Christi* y un *amicus diaboli*. Es un templo con dos altares, o un altar con dos imágenes; tiene en sí restos de amor a Nuestro Señor y un fuerte foco inicial de amor al demonio.



Mario Shinoda

El Dr. Plinio en diciembre de 1993

La Revolución actúa a través del vicio capital, adormeciendo el alma, mientras que la Contra-Revolución actúa para despertarla de su letargo

También hemos visto que la táctica del demonio consiste en atraer hacia sí al pragmático por medio de concesiones, que no sean tan violentas como para provocarle un choque y hacer que salga a la superficie su *cathédrale engloutie*.

Entonces, la táctica inteligente del demonio es ir tentando al pecador por etapas, de tal manera que su conciencia se vaya anestesiando sin que reciba

nunca un sobresalto, porque si esto ocurre la batalla estará perdida para él.

Podemos decir, pues, que al demonio le interesa que la persona se vuelva revolucionaria y descienda al Infierno de modo gradual, por etapas. Muy raramente se interesa por los fenómenos psicológicos en los que una persona, sin peligro de reconvertirse, es arrojada del extremo de la virtud al extremo del vicio. Esto traería consigo el peligro de una «cristalización».

El fenómeno físico de la cristalización es bien conocido. Si se pone un cristal en un recipiente donde hay una solución muy saturada, toda la solución cristaliza. Lo mismo ocurre con la conciencia humana. Ella está saturada de remordimientos. De repente, alguien hace algo muy revolucionario. De ahí resulta un fenómeno de «cristalización», es decir, un retorno a la posición inicial. Y eso es lo que la Revolución intenta evitar que suceda. ♦

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de:
Dr. Plinio. São Paulo. Año xxiv.
N.º 277 (abr, 2021); pp. 15-22.

¹ *Luz primordial* es una expresión acuñada por el Dr. Plinio para designar el aspecto específico de Dios que cada alma está llamada a reflejar y contemplar. Cada alma tiene una luz primordial única, diferente de todas las demás. En lo opuesto del ideal trazado por la luz primordial, pero en el mismo foco del dinamismo del alma, está el *defecto capital*.

² Del francés: catedral sumergida. El Dr. Plinio menciona la leyenda bretona de una catedral bajo el mar, cuyo melodioso tañido de campanas podía ser oído por los pescadores en días de calma. La sugestiva figura representa el efecto de ciertas gracias en el alma del pecador.

Una nueva creación

Finalmente, llegó el día de la ejecución. Para Jacques, que había recuperado la dignidad del hombre hecho a imagen y semejanza de su Creador, llegaba el momento del descanso. Sirva su historia como prenda de confianza en el poder de la auténtica conversión.



✉ Hna. Diana Milena Devia Burbano, EP

Desde hace poco más de tres años, Jacques Fesch es un presidiario. Y, según le informa su abogado, ahora también será reo de muerte. Para este joven de 27 años todo habrá terminado en tan sólo dos meses. ¡Trágica perspectiva!... ¿Bastarán dos meses de vida para saldar sus deudas con Dios, antes de que la implacable hoja de la guillotina corte una vida tan corta y... tan mal empleada?

La respuesta sería negativa si todavía fuera aquel joven extraviado que, la noche del 25 de febrero de 1954, entró esposado en la prisión de La Santé; pero ese no es el caso. Del «viejo» Jacques Fesch no queda ni siquiera un solo cabello.

Un sueño que acaba en tragedia

Jacques nació el 6 de abril de 1930 en Saint-Germain-en-Laye, cerca de París, en una familia tan rica como atea.

A pesar del lujo y las comodidades que lo rodeaban, pronto se sintió insatisfecho con la vida. Los placeres mundanos no saciaban sus expectativas, y ni siquiera el nacimiento de su hija, Verónica, fue capaz de hacer madurar su espíritu.

Entonces una obsesión se instaló en su interior: forjarse una gran aventura a bordo de un velero. Tal vez lograría viajar a las míticas islas Galápagos, dejando atrás toda una vida de fracasos.

Sin embargo, soñarlo es más fácil que llevarlo a cabo... y sin duda más barato. Como era de esperar, su padre le negó los dos millones doscientos mil francos necesarios para cumplir sus deseos. Enajenado, el joven planeó con unos amigos atracar el comercio de un cambista y conseguir «por su cuenta» los medios que le negaban en casa.

¿Es mucho repetir que soñarlo es más fácil que hacerlo realidad? La fechoría fracasó por completo. Jacques agredió al cambista, pero antes se disparó en un dedo al intentar sacar el revólver que llevaba en el bolsillo... A los gritos de socorro le siguió una alcada huida, en medio de la cual pierde sus gafas y apenas sin ver bien tiene la desgracia de dispararle a un policía en el corazón... Finalmente, abandonado por sus cómplices y acorralado en una estación de tren, es detenido. El escandaloso crimen indignó a toda Francia y las protestas exigiendo que se castigara severamente al infortunado no se hicieron esperar.

No obstante, precisamente tras los barrotes del calabozo fue donde la vida de este joven dio un giro insospechado.

«Como un viento recio...»

«No tengo fe, no vale la pena», fueron las primeras palabras que le dijo al capellán de la prisión. Y nada hacía presagiar una conversión. Pero, al instante, Dios despuntó en su horizonte de una manera tan violenta y peculiar que hay que oír la propia narración de Jacques para creerlo:

«Me encontraba una noche en mi celda, hace de eso casi tres años. [...] Estaba en la cama, con los ojos abiertos, y sufría de verdad por primera vez en mi vida, con una intensidad poco común, por lo que me había sido revelado acerca de ciertos asuntos familiares, y fue entonces cuando un grito estalló de mi pecho, una llamada de socorro: «¡Dios mío!», e inmediatamente, con un viento recio que pasa sin que sepamos de dónde viene, el Espíritu del Señor me agarró por el cuello.

»No es una imagen, tienes realmente la sensación de que la garganta se te estrecha; y que un espíritu entra en ti, demasiado fuerte para la envoltura que lo recibe. Es una impresión de fuerza

infinita y de dulzura que no se podría soportar por mucho tiempo. Y a partir de ese momento, creí, con una convicción inquebrantable que no me ha abandonado desde entonces. Empecé a rezar y a dirigir mis pasos hacia el Señor con una voluntad sostenida por gracias poderosísimas».¹

Jacques simplemente «volvió a la vida». Así lo describe, en un intento de explicar su experiencia: «Cuando, por primera vez, el Señor se dignó visitar mi alma y transmitirle su mensaje de amor, comprendí perfectamente lo que tenía que hacer, y si tuviera que poner por escrito lo que recordaba, tal vez podría escribir esto: «Hijo mío, te he amado desde el primer día, incluso cuando me ofendiste y especialmente en esos momentos. Mi perdón, te lo doy de manera total y absoluta, y te daré mucho más aún. Recibe mi amor, prueba cuán dulce soy para los que me invocan, y no trates de saber si sufres justamente o no. [...] ¿No comprendes que mi cruz es el único camino que conduce a la vida eterna?».

El despuntar de la Luz en el pecador

«Me salvan a pesar mío. Me sacan del mundo porque me perdería en él, y

no he hecho nada para merecer tal gracia», reconocería. ¿Cómo se entiende lo que le pasó?

La gracia de la conversión, afirman los teólogos, es una iniciativa irresistible de Dios en el alma del pecador; y algunos autores² comparan esta insigne manifestación del poder y de la misericordia divina con la propia obra de la creación, identificando cada uno de los siete días con una etapa espiritual. Este simbolismo puede ayudarnos a comprender la conversión del joven Fesch.

En el principio, «dijo Dios: «Existía la luz». Y la luz existió» (Gén 1, 3). Así mismo, el primer día de la conversión, es el Señor quien decide proyectar su Luz, haciéndola brillar en el interior del corazón. Para Jacques, esta sublime presencia le provocaba profundas exclamaciones de júbilo y gratitud: «Alegría, alegría. ¡Si pudiera transcribir en este papel todas las gracias que he recibido! ¿Quién puede describir el amor de Dios por sus criaturas?»; «Jesús está ahí, cerca de mí, casi palpable. En cuanto lo invoco, su dulzura me invade inmediatamente y me lleno de alegría».

Cabe señalar que Jacques escribió estas líneas en los últimos meses de su vida, jante la perspectiva de una sentencia de muerte! Nada pudo eclipsar las gracias recibidas en su conversión.

Una tierra fértil que produce frutos

Iluminada, entonces, con la Luz divina y unida a Dios en un «cielo interior» (cf. Gén 1, 6-7), la tierra aparece y es separada de las aguas (cf. Gén 1, 9-10), que simboliza que el alma ya no está sumergida en las aguas de la concupiscencia y se convierte en una tierra fértil que produce frutos de generosidad, amor a la cruz y humildad en el arduo camino de la santificación.

En las líneas de su diario es imposible reconocer al antiguo Jacques, tan cambiado está su corazón, tan templado en el dolor y tan consciente del proceso purificador por el que tendría que pasar: «No debo olvidar quién soy, lo que he hecho y lo que haría si el Señor me entregara a mí mismo sólo un poco. Tengo una naturaleza corrupta y defectuosa, y ante todo debo esforzarme en reformarla».

Pero el amor y los deseos de perfección únicamente se realizan a través de las obras, y Jacques tenía grandes cosas que realizar antes de morir, a fin de ofrecerle al Señor los frutos de su jardín espiritual. «He hecho progresos en mis oraciones y me he marcado un horario estricto, que no quiero modificar bajo ningún pretexto».

Una asidua vida de oración le dio fuerzas para emprender el difícil camino, y con heroica generosidad comenzó por renunciar a las minúsculas comodidades de la cárcel: eliminó los dulces y las comidas cocinadas, sacrificó horas de sueño y poco después atacó su peor vicio, el tabaco:

«No es que un cigarrillo tenga importancia en sí mismo, pero lo deseo tanto que si tuviera la voluntad de dejar de fumar y lo hiciera, ese sacrificio sería muy agradable a Jesús. [...] Así que jánimo! Con un poco de voluntad



El escandaloso crimen indignó a toda Francia, y las protestas exigiendo un severo castigo para el culpable no se hicieron esperar

Jacques Fesch poco después de su detención, en febrero de 1954



En la líneas de su diario es imposible reconocer al antiguo Jacques: «Que cada gota de mi sangre sirva para borrar un gran pecado mortal y la justicia divina sea completamente aplacada»

Fesch en 1957; arriba, guillotina donde fue ejecutado

se puede conseguir todo. Hace diez días fumaba veinte cigarrillos, ahora diez y la semana que viene... ¡quizá ninguno! Ojalá pudiera, ¡tengo tan poco tiempo por delante!».

Regado con no pocos sacrificios, superando insensibilidades y pruebas, estas resoluciones lo hicieron cada vez más generoso a la hora de aceptar las renuncias que se le presentaban, y como corolario de su total entrega a Dios, Jacques buscó bendecir sacramentalmente su unión con Pierrette, la madre de Verónica, antes de morir.

El luminoso sol de la caridad

El cuarto día, el sol toma su lugar en esta creación (cf. Gén 1, 14-19), es decir, la caridad inunda el corazón convertido; la luna y las estrellas, que son la fe y las virtudes, brillan en él de manera especial. Del amor que sentía descender sobre él, Jacques sacó fuerzas que se tradujeron en resignación a la voluntad de Dios y en ansias de apostolado.

«Querida Verónica, Jesús desea esta muerte. Si Él me aleja de tu corazón de niña, es porque ha juzgado preferible para el bien de todos nosotros llamarlo de nuevo a Él. ¡Y cuántas cosas mejores será capaz de darte Él que

yo jamás podría hacerlo! Confianza, confianza en el amor de Jesús», escribía a su hija.

Además de su esposa, Jacques empezó a atraer a Dios a familiares y presidiarios, uno de los cuales recibió el bautismo gracias a su ejemplo. Cuando fue ejecutado, los prisioneros decidieron permanecer en silencio durante todo el día, en homenaje a aquel joven que en tan poco tiempo tanto les había edificado.

En el mar de la misericordia... ¡hacia las cumbres eternas!

El quinto día (cf. Gén 1, 20-21) nacen los peces y los pájaros; el pecador convertido nada en las aguas de la misericordia de Dios; y, como águila, se dirige velozmente hacia las montañas eternas:

«Cuando rezó, me siento arrancado de mí mismo, no puedo sino contemplar e incluso me olvido de respirar. Cuando el alma se alegra, el cuerpo está muerto y nada más importa excepto los besos que enviamos al Cielo. ¡Señor mío y Dios mío!».

El último día y el descanso en el Señor

Finalmente, llegó el día señalado para su ejecución: el 1 de octubre.

Jacques había recuperado el estado de gracia y, por tanto, restablecido en sí mismo la dignidad del hombre hecho a imagen y semejanza de Dios en el sexto día de la creación (cf. Gén 1, 27-28); llegaba el momento de descansar, como el Señor en el séptimo día, cuando contemplaba la obra de sus manos (cf. Gén 2, 2).

¿Cómo habrá sido el encuentro de Fesch con su Dios y Salvador? Es una sorpresa que sólo conoceremos el día posterero...

Dejamos aquí algunos ex-

tractos del final de su diario. Sirvan como prenda de confianza en el poder ilimitado de una auténtica conversión:

«Último día de lucha, mañana a esta hora estaré en el Cielo! Mi abogado acaba de decirme que la ejecución tendrá lugar mañana hacia las 4 de la mañana. ¡Que la voluntad del Señor se haga en todas las cosas! Tengo confianza en el amor de Jesús y sé que mandará a sus ángeles que me lleven en sus manos. [...]»

»Que cada gota de mi sangre sirva para borrar un gran pecado mortal y la justicia divina sea completamente aplacada. Que nadie se pierda por mi causa, sino que cada acto, cada pensamiento, cada palabra sirva para glorificar a nuestro Dios». ♣

¹ Los datos biográficos y citas que figuran en este artículo proceden del diario escrito por Jacques Fesch en los últimos meses de cárcel como testamento espiritual para su hija, Verónica: FESCH, Jacques. *Dans 5 heures je verrai Jésus: Journal de prison*. París: Le Sarment-Fayard, 1989.

² Al respecto véase: CORNELIO A LÁPIDE. *La conversión*. Quito-Miami: Jesús de la Misericordia; Fiat Voluntas Tua, 2012, pp. 19-20.



¡¿Yo también tengo que convertirme?!

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

§ 545 Jesús invita a los pecadores al banquete del Reino: «No he venido a llamar a justos sino a pecadores» (Mc 2, 17). Les invita a la conversión, sin la cual no se puede entrar en el Reino, pero les muestra de palabra y con hechos la misericordia sin límites de su Padre hacia ellos y la inmensa «alegría en el Cielo por un solo pecador que se convierta» (Lc 15, 7). La prueba suprema de este amor será el sacrificio de su propia vida «para remisión de los pecados» (Mt 26, 28).

La invitación que hace el Señor en el pasaje de San Marcos recogido en el *Catecismo* nos da a entender que va dirigida a personas que viven fuera de la Iglesia Católica, en la práctica habitual de los más diversos pecados, y que, por tanto, necesitan convertirse de sus malas obras.

Sin embargo, quien ha recibido las sagradas aguas purificadoras del bautismo, practica los mandamientos de Dios y de la Iglesia, frequenta los sacramentos, reza, comulga..., ¿no dejó de ser pecador? Ha pasado ya del paganismos a la fe, de la perversidad a la virtud, y parece que no necesita de conversión. ¿Es eso cierto?

El Discípulo Amado nos advierte: «Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Pero, si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos perdonará los pecados y nos limpiará de toda injusticia» (1 Jn 1, 8-9). Y el gran San Pablo afirma: «Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero» (1 Tim 1, 15).

Hay obras injustas, como las que menciona el Apóstol (cf. 1 Cor 6, 9-10) y muchas otras igualmente merecedoras del Infierno; son los *pecados mortales*.

tales.¹ No obstante, también hay faltas menos graves, pero que ofenden a Dios, denominadas *pecados veniales*,² que todo hombre concebido en pecado original comete cotidianamente, a menudo casi sin darse cuenta... E incluso existen actos menos conformes a la voluntad divina para una persona concreta

en una circunstancia concreta, llamados *imperfecciones*.

Salomón recuerda que «el justo cae siete veces» al día, pero «se levanta»; mientras que «el malvado se hunde en la desgracia» (Prov 24, 16). Lo que, sobre todo, distingue al pecador empedernido de quien trata de practicar la virtud es el constante deseo de volverse a levantar, de crecer en el amor a Dios, de hacerse santo.

Le corresponde, pues, a quien desea practicar la ley divina esforzarse en no cometer nunca no sólo pecados veniales, sino también imperfecciones, y tener así el templo de su corazón más santo que el Templo de Jerusalén. En efecto, el alma del justo resplandece no con el brillo del oro o de la plata, sino con el de la gracia del Espíritu Santo; y en lugar de tener un arca y querubines, la habitan Cristo, su Padre y el Paráclito.³ ♣



Lo que distingue al pecador empedernido de quien trata de practicar la virtud es el constante deseo de volverse a levantar

«La reprimenda», de Claudio Jacquand - Museo de Bellas Artes, Ruan (Francia)

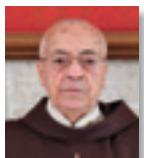
¹ Cf. CCE 1854-1861.

² Cf. CCE 1862-1863.

³ Cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO. «Première exhortation a Théodore après sa chute». In: *Oeuvres Complètes*. Paris: Louis Vivès, 1865, t. 1, p. 22.

¡No sea loco!

¿Se puede, realmente, clasificar al género humano en dos categorías: la de los sabios y la de los locos? Lea y opine.



» Severiano Antonio de Oliveira

Tnvito al lector a que juzgue las tres sentencias siguientes:

«Dos cosas son infinitas: el universo y la estupidez humana; y no estoy tan seguro de lo primero».

«¿No es terrible que la inteligencia humana tenga límites tan estrechos y la locura humana sea ilimitada?».

«La necesidad humana es lo único que nos da una idea del infinito».

Por muy duras que estas palabras puedan sonar a nuestros oídos, no parecen del todo inadmisibles por dos razones. La primera es que, al pertenecer al ingenio humano —más concretamente a tres célebres talentos de distintas áreas: Einstein, Adenauer y Ernest Renan, por ese orden—, reciben el paliativo de la autoevaluación. El segundo motivo es que cada cual aplica tales aseveraciones a todos menos a sí mismo. Al fin y al cabo, alguna excepción tiene que haber...

¿Lo será?

«Qué es la locura?

Para responder a esta angustiosa cuestión, primero debemos resolver otra: ¿qué entendemos aquí por estupidez, necesidad o locura humanas?

Obviamente, no las entendemos en este contexto como un estado patológico de la mente que lleva al hombre a

actuar de una forma inconexa y poco racional, que le impide vivir en sociedad. Entonces se trataría una enfermedad para la que, en la mayoría de los casos, no existe la culpa.



«Brindis (con ponche)», Ludwig von Zumbusch

*Loco es el hombre
que no se rige por la
razón, sino sólo por
sus impulsos animales,
las modas del tiempo,
los caprichos de su
temperamento*

Las frases transcritas al principio de este artículo se refieren a otro tipo de locura, similar a la definida en el párrafo anterior, pero mucho más generalizada, por inocua en apariencia, y mucho más peligrosa, por culpable. ¿De qué locura hablamos? De la que se manifiesta en un ser que actúa de manera contraria a su naturaleza.

Si una cebra cazara a un león y el león se dejara cazar, diríamos que están locos. Llamariamos loco igualmente a un árbol que criara hojas subterráneas y extendiera sus raíces hacia el sol. Ahora bien, ¿qué sería la locura en el hombre? ¿Qué sería sino irracionalidad? Pues si lo que le es propio, lo que le distingue de todos los animales, es la razón, entonces estará loco mientras no actúe de acuerdo con ella. Como la cebra carnívora y el león cobarde, es loco el hombre que no se rige por la razón, sino sólo por los impulsos animales, las modas del tiempo, los caprichos del temperamento, etc.

¿Necesitamos ejemplos?

Algunas constataciones diarias

Dos compañeros de universidad, ambos dotados de una inteligencia notable: uno de ellos estudia en serio, se convierte en un profesional competente, es contratado para ser director de

una gran empresa; el otro prefiere «disfrutar de su juventud», lleva una vida de diversiones y al acabar la carrera tiene que resignarse a un trabajo ordinario en la misma empresa. ¿Cuál de los dos ha actuado como un loco? ¿El que siguió los consejos de la razón o el que obedeció los impulsos de la sensibilidad?

Una persona sirve de perchero a cada moda que va y viene sin plantearse siquiera esa preciosa pregunta, privativa del espíritu humano: ¿por qué? No resulta nada extraño ver aquí un cierto síntoma de locura.

Alguien que arruina su matrimonio —y, por tanto, la educación de sus hijos— porque prefiere doblegarse ante su terquedad que ante su cónyuge, ¿obedece a la razón o a la pasión? ¿A la cordura o la locura?

Someterse a la máquina, esclavizarse a la tecnología, consumir inútilmente el tiempo tan extenso como valioso delante de una pantalla, dejar que las inteligencias llamadas artificiales se multipliquen en detrimento de la inteligencia natural que va menguando por falta de uso...

Por último, para no extendernos en constataciones tal vez corrientes, ¿no es una gran locura perder la fortuna en un proyecto mal planificado? ¿Y no será aún más grave —pues la vida vale mucho más que la riqueza— hundirse en vicios, ya sea el alcohol, la lujuria o otros muchos, que reducen al individuo a un guíñapo humano y lo arrastran a una muerte prematura?

Todas estas actitudes suponen abdicar de los preceptos de la razón; de la naturaleza humana, en definitiva.

El peor de los males

Pero la peor de todas las locuras —porque conlleva efectos mucho más nocivos y, en el fondo, es el resumen potenciado de todos los demás— aún no la hemos presentado. O, mejor dicho, la hemos presentado, sí, pero no por su nombre: se llama pecado.

En efecto, el Doctor Angélico nos explica que el pecado es «aquello que

La medicina para la locura del pecado se personificó en «Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles»

se opone al orden de la razón»¹ en grado sumo, hundiendo al hombre en «la esclavitud de las bestias».² El gran ser humano, aquél que es la clave de bóveda de la creación, el puente que comprende los dos mundos, el físico y el inmaterial..., queda reducido a un mero estado animal; sublevado, por tanto, contra su naturaleza superior, la espiritual.

Quien abraza el pecado renuncia a lo que sería su felicidad suprema, huendo así de lo que busca. Compra por un plato de lentejas y media docena de alegrías terrenales un destino eterno e irremediablemente infeliz.

Una paradójica medicina

Sin embargo, mientras vivimos en este mundo existe una medicina para el mal del pecado. Y no nos referimos específicamente a la confesión y los demás sacramentos, a la oración, a la penitencia... De hecho, todos estos remedios forman parte de un único tratamiento.

Paradójicamente, la locura del pecado sólo puede ser curada por la locura —oh, bendita locura— que hizo que Dios bajara a la tierra, que anima a los santos y que impulsa a los verdaderos héroes: la locura de la cruz, predicada por San Pablo (cf. Cor 1, 18-2, 16).

Esa sana locura, como la otra que hemos comentado, ¿consiste en contrariar la naturaleza? No en negarla, sino en sublimarla: «La gracia no suprime la naturaleza, sino que la perfecciona».³ Por ella, el hombre deja su naturaleza meramente material para lanzarse al



Crucifijo - Colección privada

universo de lo espiritual, de lo invisible, de lo divino; abandona los instintos que comparte con los irracionales para vivir de los impulsos sagrados de la fe; a menudo llega incluso a renunciar a los lazos de sangre para ser por entero de la familia de Dios. Si con el pecado el hombre se animaliza, por la santidad se diviniza.

La medicina para la locura del pecado se personificó en la Sabiduría encarnada, en «Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles» (1 Cor 1, 23), y se curan los que se configuran a Él por la sabiduría de la cruz.

* * *

Sigue en pie la fatal cuestión planteada en las tres frases que introducen este artículo: ¿es realmente infinita la estupidez humana, puede dividirse la humanidad entre los que están locos y los que no lo están?

Opinen los lectores, el debate está servido. ♣

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 153, a. 2.

² Cf. *Idem*, q. 64, a. 2, ad 3.

³ *Idem*, I, q. 1, a. 8, ad 2.

Un árbol robusto y frondoso

Si las tormentas hacen que los frutos de un árbol sean más sabrosos y sus ramas más vigorosas es porque, en su origen, las raíces se enfrentaron a la tremenda oscuridad del suelo y a la dureza impenetrable de las rocas.

✉ Fernando Joaquim Costa Mesquita



La tarea de narrar la historia de un fundador se asemeja al trabajo de un botánico que trata de describir el origen de un árbol centenario. Puede constatar fácilmente el sabor de sus frutos, el esplendor de sus hojas, la robustez de sus ramas, pero... ¿cómo penetrará en sus raíces? Es cierto que cuando se desata una tormenta, muchas hojas se caen, la cosecha peligra, las ramas se tambalean; sin embargo, si sus raíces son profundas, el árbol perdura. De ellas depende toda la vitalidad del conjunto.

Intentemos, pues, discurrir sobre un árbol frondoso, cuya raíz tiene la particularidad de estar dividida en siete ramificaciones. Sí, se trata de una orden con siete fundadores, que estuvieron tan unidos en vida que la Iglesia los unió también en una única celebración litúrgica.

La gran visión

Todo comenzó el 15 de agosto de 1233, en la ciudad italiana de Florencia, donde algunos devotos de la Santísima Virgen se reunieron, como de costumbre, en la *Compagnia dei Laudesi*, una cofradía dedicada a cantar las alabanzas de Nuestra Señora.

Después de la celebración eucarística, un piadoso cofrade llamado Bonfilio Monaldi fue arrebatado en éxtasis:

vio a la Madre de Dios envuelta en esplendores, sentada en un trono magnífico y rodeada de ángeles, radiante de una belleza inimaginable, que le decía: «Dejadlo todo, hijos míos, dejad padres, familia, bienes, disponeos a seguirme y a hacer mi voluntad en todo».¹

Una vez terminada la visión, percibió que la iglesia se vaciaba, mientras otros seis cofrades —todos ellos prósperos comerciantes, como Bonfilio— permanecían arrodillados y bañados en lágrimas. Eran: Buonayunta Manetti, Maneto Dell'Antella, Amadeo Amidei, Hugo Uguccione, Sostenes Sostegni y Alejo Falconieri. Cuando les contó a estos jóvenes hidalgos lo sucedido, cada uno de ellos confirmó que había tenido la misma visión y oído la misma llamada de la Santísima Virgen.

Los siete decidieron atender al llamamiento de la espléndida Señora. Se lo contaron al piadoso capellán de los *Laudesi*, que los llevó ante el obispo de Florencia, Mons. Ardengo Trottì, quien a su vez reconoció el origen sobrenatural de la comunicación.

«¡He aquí a los siervos de María!»

Tras grandes luchas encontraron una casa solitaria cercada de amplios terrenos, llamada Villa Camarzia, en un suburbio de Florencia. El 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de la

Santísima Virgen, establecieron allí su primer eremitorio.

Todo era pobre y humilde; reinaba el silencio, interrumpido únicamente por las oraciones a Nuestra Señora. Bonfilio fue elegido superior.

Florencia se conmovió al ver a esos señores de antaño mendigando ahora por las calles: «A las ironías le seguían los elogios y la edificación del pueblo. [...] Si algunos ridiculizaban aquella vida original de los siete hidalgos, la mayoría se inclinaba reverente y edificada ante tanta virtud en medio de tanta corrupción y escándalos en aquella Florencia pecadora y orgullosa».²

Villa Camarzia y otra vivienda que ocuparon en Cafaggio, a las afueras de la ciudad, se convirtieron enseguida en un foco de espiritualidad, adonde el pueblo devoto o curioso acudía en busca de los nuevos religiosos para pedirles consejo y oraciones.

Al cabo de unos meses de vida comunitaria, se produjo un hecho singular. Hugo y Sostenes estaban en Florencia mendigando. En cierto momento, unos niños empezaron a aclamarlos con voces claras y distinguidas: «¡He aquí a los siervos de María! ¡Dadles limosna a los siervos de María!».

Este episodio les valió el título que perdura hasta nuestros días: siervos de María o servitas.



Recogidos en la montaña sagrada

Poco a poco, el pequeño convento se convirtió en un concurrido centro de peregrinación, donde no faltaban las muestras de estima y veneración de los visitantes... Y los humildes ermitas allí reunidos sintieron la necesidad de huir de estas alabanzas.

Una noche, los siete soñaron con una montaña iluminada y reconocieron que se trataba del monte Senario.³ Se lo consultaron a Mons. Trottì, y éste les confirmó el mensaje celestial y les donó el terreno, pues era propiedad del obispado.

El 1 de junio de 1234, fiesta de la Ascensión del Señor, partieron hacia el lugar que sería conocido como la cuna de la Orden de los Servitas. El sitio era ideal. Allí construyeron unas celdas según el estilo camaldulense y comenzaron a vivir únicamente para Dios y su Santísima Madre.

En aquella época, el confesor de los *Laudesi*, el P. Iacopo de Poggobonsi, también sintió la llamada divina y, edificado por sus dirigidos, los siguió en esa vida santa.

La llegada de un sacerdote a ese paraje apartado fue providencial. Diariamente, el P. Poggobonsi celebraba misa en un pequeño oratorio. A continuación, los ermitaños se dedicaban al trabajo manual, a la lectura de la Sagrada Escritura y al estudio. Hacían ásperas penitencias, comían poco, hablaban sólo lo necesario y en voz baja, y buscaban todos los medios para alabar y servir a la Santísima Virgen.

La viña mística

Los días transcurrían en esta rutina llena de bendiciones. Los siete simplemente querían continuar en aquella vida austera, impregnada de piedad y reconocimiento, sin pretensiones de recibir más compañeros. Sin embargo, Mons. Trottì no se conformaba con esa resolución y les aconsejó que aceptaran novicios.

Francisco Lecaros

Un milagro vino a confirmar la opinión del prelado: en el invierno de 1240, la nieve se extendía por la región como un manto, cuando una de las viñas plantadas en la ladera amaneció toda verde, cubierta de hojas y doblada por el peso de sus frutos ya maduros.

El mensaje del Cielo era claro: a semejanza de un árbol floreciente, que extiende sus raíces en la oscuridad del suelo mientras sus ramas se desarrollan



«Os he elegido siervos míos. Mirad el hábito que llevaréis a partir de ahora. Su color negro indica los dolores que experimenté por la muerte de mi Hijo»

La Virgen entrega el hábito de la Orden de los Servitas a los siete fundadores - Iglesia de Nuestra Señora de los Dolores, Córdoba (España)

a la luz del día, debían ellos, sin abandonar su vida eremítica, expandir ese núcleo inicial y dedicarse al apostolado.

Un hábito entregado por la Santísima Virgen

Después de siete años de silencio en aquel bendito monte, otro aconte-

cimiento completó los elementos para el pleno florecimiento de la naciente familia religiosa.

Era el Viernes Santo de 1240 y los siete experimentaron un rapto místico: vieron a Nuestra Señora, resplandeciente de incomparable belleza, pero reflejando una gran tristeza en su semblante. Parecía venir del sepulcro del Señor, bañada en lágrimas, y tenía en sus manos un hábito religioso del color del luto, negro. Alrededor de la Virgen había muchos ángeles, algunos de los cuales portaban emblemas de la Pasión, otro llevaba en letras de oro las palabras *Siervos de María*, y un tercero ostentaba una hermosa palma.

Extasiados, oyeron que Nuestra Señora les decía: «Yo soy la Madre de Dios. He escuchado la oración que tantas veces me habéis dirigido. Os he elegido siervos míos porque bajo este nombre cultivaréis la viña de mi Hijo. Mirad el hábito que llevaréis a partir de ahora. Su color negro indica los dolores que experimenté, especialmente en este día, por la muerte de mi único Hijo divino. Seguid la regla de San Agustín para que, adornados con el glorioso título de mis siervos, podáis asegurarnos como premio la palma de la vida eterna».⁴ Despues de estas palabras, desapareció.

Quedaba así definida la misión de la orden, confirmando la interpretación dada al hecho prodigioso de la viña. En una ceremonia muy sencilla, Mons. Trottì bendijo los nuevos hábitos y revistió a los primeros

siervos de María con el sagrado manto de la Virgen de los Dolores. Además, consideró oportuno conferirles la honra del sacerdocio para que pudieran ejercer un apostolado más eficaz. Sólo Alejo, por humildad, prefirió seguir siendo laico, aunque fuera muy docto.



Por el ejemplo de los siete fundadores, la orden floreció, dando incontables frutos de santidad. Tal era la unión que conservaban en esta vida que la Santa Iglesia los mantuvo unidos en su canonización y en su celebración litúrgica

La orden se propaga

En aquella época, Italia se encontraba en una lamentable situación moral y religiosa, y muchos eran los que, desilusionados con el mundo, buscaban refugio en la vida monástica.

Bonfilio comprendió que había que tener mucho cuidado a la hora de elegir a los candidatos que deseaban ingresar en la orden. Exigía mucha piedad y buena educación antes de revestirlos del hábito sagrado, tratándolos como a una planta que, para que dé buen fruto, primero necesita ser bien podada.

La obra se fue ramificando y las fundaciones se sucedieron: la ciudad de Siena recibió con cariño a los siervos de María en 1243, Pistoia las acogió en febrero de 1244 y poco después le tocó el turno a Arezzo. En estos lugares, el clero y el pueblo pudieron comprobar el abrasado celo por las almas que animaba a aquellos hombres.

El sello de Roma a la nueva orden

Los servitas ya se extendían por varias ciudades; sin embargo, les faltaba la aprobación de Roma.

Por entonces, el papa Inocencio IV estaba pensando reducir el número de órdenes religiosas, pues consideraba que había demasiadas. Inspirado en el Concilio de Letrán, quería que los institutos con la misma regla o fines similares se fusionaran. Su sucesor, Alejandro IV, se volvió aún más exigente en esta cuestión.

En este contexto, el P. Bonfilio le presentó la causa de los siervos de María a un cardenal que estaba de paso por Toscana. Éste tomó la orden bajo su protección y ratificó todo lo que había hecho el obispo de Florencia.

Finalmente, la aprobación definitiva llegó por medio de una carta apostólica en junio de 1256.

Bonfilio reunió al capítulo para anunciar la gracia recibida. Y, aprovechando la ocasión, renunció al cargo de superior general. Sentía que las fuerzas le faltaban y deseaba prepararse mejor para la muerte en el silencio y la oración. Nombró sucesor a Buonayunta Manetti.

San Buonayunta Manetti

Tras el capítulo, Buonayunta visitó con sacrificio las casas de la orden, caminando a pie. Menos de un año más tarde, enfermó gravemente.

El 31 de agosto de 1257, como él mismo había profetizado, llegó la hora de su muerte. Reunió a los servitas y, después de la celebración eucarística, ordenó que leyieran el Evangelio de la Pasión. Al oír el pasaje: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu», últimas palabras pronunciadas por Jesús, el santo expiró suavemente. Fue enterrado con mucha veneración junto al altar.

Luego de estos hechos, el capítulo eligió al P. Iacopo de Poggibonsi, exdirector espiritual de los *Laudesi*, como nuevo general.

San Bonifilio Monaldi

Después de su renuncia, San Bonfilio vivió recluido en el monte Senario durante cinco años. El 1 de enero de 1262, los religiosos, habiendo cantado maitines, oyeron una voz que les decía: «¡Ven, Bonfilio, ven, siervo bueno y fiel, recibe la recompensa que te espera y entra en el gozo de tu Señor!».

En ese mismo instante, entregó su alma a Dios. Su rostro resplandecía y un perfume suavísimo se esparció por todo el convento. Tan sensibles se notaban los signos de bienaventuranza que nadie tenía el valor de cantar el *Réquiem*, por la certeza de que ya estaba en la gloria.

San Maneto Dell'Antella

Unos años después de la partida de San Bonfilio, en junio de 1265, el P. Poggibonsi renunció al cargo de superior y designó a San Maneto como cuarto general. Gobernó la orden durante dos años: aumentó las provincias, obró diversos prodigios, curó enfermos y expulsó muchos demonios.

El 5 de julio de 1267 también dimitió del cargo de superior general. Sugirió como sucesor a fray Felipe Benizi, que fue confirmado por el capítulo.

El 20 de agosto del mismo año, sintiendo que había llegado la hora de partir al Cielo, San Maneto cantó con tierna devoción himnos a María Santísima y expiró dulcemente en los brazos de San Felipe.



De izquierda a derecha: San Buonayunta, San Amadeo, San Sostenes, San Bonifilio, San Maneto, San Hugo y San Alejo - Santuario de Santa María del Monte Bérico, Vicenza (Italia)

San Amadeo Amidei

San Amadeo fue llamado, por sus milagros y curaciones, el médico de los pobres. Se dice que una vez resucitó a un niño de 8 años que se había ahogado en un pozo.

La muerte lo encontró en un éxtasis de amor, el 18 de abril de 1266. En aquella ocasión ocurrió un hecho singular: nada más expirar, enormes llamas de fuego rodearon el monte Senario. Parecía un incendio devorador que lo consumiría todo, pero el fenómeno sólo duró unos instantes. Era ciertamente una imagen de las llamas de amor que abrasaban el corazón del santo.

Descansó en el monte Senario, junto con sus compañeros.

San Hugo y San Sostenes

San Hugo y San Sostenes eran grandes amigos, ambos de ilustres e hidalgas familias florentinas. Tuvieron que separarse cuando San Felipe los envió al extranjero a predicar el Evangelio y la devoción a la Virgen de los Dolores en otras tierras.

Nombrado vicario general en Francia, Sostenes edificó tanto al pueblo con sus virtudes y predicación que el rey Felipe III dijo de él: «El vicario general de la Orden de los Servitas es un hombre de intachable conducta, un santo».

Hugo fue enviado a Alemania, donde convirtió a muchos pecadores y fun-

dó varios conventos, dejando en todas partes fama de una gran santidad.

Tras años de apostolado, en 1282 ambos fueron llamados a Florencia. Agotados después de tantas luchas, deseaban un período de silencio y oración en el tan añorado monte Senario.

Mientras subían la montaña, una inspiración interior les decía que morirían al mismo tiempo y que ese momento estaba muy cerca.

El 3 de mayo de 1282, cuando se encontraban rezándole a la Santísima Virgen, la muerte vino a buscarlos. Juntos habían luchado y servido a la Madre de Dios, y juntos se unieron a Ella en el Cielo.

San Alejo Falconieri

Luego de esa doble muerte, sólo San Alejo quedaba en el mundo. Era noble y hombre de gran cultura. Convirtió a muchos pecadores en Florencia, tuvo gran amor a la virtud de la pureza y siempre castigaba su cuerpo con duras penitencias. Vivía más en el Cielo que en la tierra.

Durante setenta y siete años de vida religiosa fue modelo de observancia y fidelidad a la regla. Llegó a la edad de 110 años y todavía trabajaba y se penitenciaba. Se había constituido en la crónica viva de su orden: Dios lo preservó para que pudiera transmitir a las generaciones posteriores las hermosas tradiciones de la fundación.

En su lecho de muerte, Jesús se le apareció en forma de niño.

Unidos en el tiempo y en la eternidad

En años posteriores, con los siete fundadores y muchos otros miembros en el Cielo, la orden floreció admirablemente y produjo incontables frutos de santidad.

Los procesos de beatificación y canonización de los fundadores, inicialmente llevados a cabo por separado,

fueron reunidos durante el pontificado de León XIII como consecuencia de un milagro ocurrido cuando los siete fueron invocados de manera conjunta. Así pues, las virtudes de todos ellos fueron estudiadas simultáneamente y en una sola causa, hasta que el 15 de enero de 1888 el Papa los inscribió en el catálogo de los santos de la Iglesia. Tal era la unión que conservaron en esta vida, que la Santa Iglesia los mantuvo unidos en su canonización y en su celebración litúrgica.

Si un árbol puede ser conocido por sus frutos es porque éstos constituyen la prueba más sensible de la calidad de la savia que les llegó desde sus raíces. El hecho de que los frutos se vuelvan más sabrosos y las ramas más vigorosas, a pesar de las tormentas de los siglos, atestigua que, en su origen, las raíces se enfrentaron a la oscuridad del suelo y a la dureza de las piedras, dando así maravillas en el jardín de la Iglesia. ♦

¹ Cf. BRANDÃO, Ascanio. *Os Sete Santos Fundadores da Ordem dos Servos de Maria*. São Paulo: Ave-Maria, 1956, p. 15.

² *Idem*, p. 20.

³ El monte Senario, de 817 metros de altitud, está situado a unos 20 km de Florencia.

⁴ *Idem*, p. 32.



¡Doña Lucilia está realmente a mi lado!

Aunque no podamos verla con los ojos corporales, sabemos que está al alcance de nuestras oraciones invocar su presencia junto a nosotros, para hacerle nuestras peticiones.



✉ Elizabeth Fátima Talarico Astorino

La suavidad de una sonrisa o en una discreta intervención; como una mano amiga que tranquiliza o un brazo fuerte que sostiene; por una sencilla inspiración interior que equivale a un saludable consejo... En resumen, de muchas maneras el auxilio maternal de Dña. Lucilia se deja sentir incluso en personas que no la conocen.

Seguros de que, a nuestro lado, esta buena madre intercede por nosotros en nuestras luchas y necesidades del día a día, veamos algunos testimonios más enviados por devotos suyos, almas que, de alguna forma, se vieron amparadas bajo su chal lila.

Una penosa situación financiera...

Desde el municipio colombiano de Carmen de Apicalá, Olga Lucía Gracia

Doña Lucilia superó las dificultades económicas que para Olga y su marido parecían insolubles, e incluso les ayudó a conseguir una casa

Bello nos envía un relato donde da testimonio de su profundo agradecimiento a Dña. Lucilia, quien, en medio de un mar de dificultades, encendió una luz de esperanza en su vida.

Olga y su familia estaban atravesando una situación económica muy crítica. Su esposo estuvo trabajando durante unos seis meses para una empresa de construcción sin recibir el pago que le correspondía, acumulándose un montante de casi 70 millones de pesos. Esto dejó a la familia en unas



Fotos: Reproducción



De izquierda a derecha: cimientos de la nueva casa de Olga y su esposo; la pareja con una foto de Dña. Lucilia

circunstancias tan precarias que se vieron obligados a confeccionar unas ruanas y unos bolsos para el mercado a fin de venderlos y ganarse un mínimo para su sustento diario.

Se hallaba en esa ardua labor cuando recibió una llamada telefónica de una hermana de los Heraldos del Evangelio, que le preguntaba si podía recibir en su casa la visita del oratorio del Inmaculado Corazón de María, que estaba de paso por su localidad. Muy sorprendida, Olga respondió: «¡Cómo así, que me piden permiso para que la Virgen venga a mi casa, cuando soy yo la que la estoy necesitando, y dándole gracias a Ella por fijarse en nosotros, por haber escogido nuestra casa, habiendo tantas familias?!».

En el momento en que las hermanas se marchaban con el oratorio, Olga les contó la terrible coyuntura financiera en la que se encontraba y la enorme necesidad de dar con una salida. Una de ellas le sugirió que pidiera ayuda a Dña. Lucilia, y le contó un poco de su historia y los numerosos favores obtenidos por las personas que recurrián a ella.

Se podría decir que los casos desesperados son la especialidad de esta extremosa dama..., hecho del que Olga parece haberse dado cuenta inmediatamente. Decidió entonces hacer una novena a Dña. Lucilia, confiando en que la solución a su problema vendría por medio de ella.

... y iuna nueva casa!

He aquí sus palabras:

«Empecé la novena y al tercer día nos llamó un ingeniero interesado en comprarnos una retroexcavadora, pues la estábamos vendiendo. Mi esposo quería venderla porque ya estaba cansado de trabajar y perder dinero con ella. Teníamos también un terreno a la venta, en Carmen de Apicalá; queríamos vender las dos cosas jun-



Reproducción

Andresa y su hijo João

La similitud del nombre de la enfermera con el de Dña. Lucilia fue una señal para Andresa: ella la ayudaría en esa dramática situación

tas, porque teníamos que pagar otras deudas».

En dos días de conversaciones entre el ingeniero y el marido de Olga, se concluye el negocio de la retroexcavadora: «Quedamos en que mi esposo le daba la retro y él nos construiría una casa, en Carmen de Apicalá. Pagó una parte en efectivo, unos 20 millones de pesos, con lo que saldamos nuestras deudas. ¡Al tercer día Dña. Lucilia nos hizo el “milagro” que tanto le estábamos pidiendo!».

Cuando Olga envió su testimonio, ya se habían puesto los cimientos de

su nueva residencia y su marido estaba trabajando en la construcción con la misma excavadora que había vendido, como parte del contrato. Doña Lucilia por fin superaba las dificultades económicas que parecían insolubles, e incluso les ayudó a conseguir una casa.

Concluye sus palabras con un caluroso agradecimiento: «Les doy muchísimas gracias por su tiempo, por haber fijado sus ojos en nuestra familia. Muchísimas gracias, Dios los siga bendiciendo muchísimo».

Un providencial encuentro

Hay ciertas situaciones de extrema angustia, de peligro o de miedo en las que a cualquiera le resulta difícil confiar y abandonarse en las manos de Dios. En

tales circunstancias, nada como mantener nuestro corazón anclado en la fe. Conservando firme esta virtud, también nos puede ayudar la devoción a Dña. Lucilia, porque esta madre extremosa sabe muy bien cómo cuidar de sus hijos en los momentos de gran aflicción, dando a cada uno el remedio, el consejo o, simplemente, el apoyo necesario para superar las adversidades.

Esta es una de las lecciones que podemos sacar del relato enviado por Andresa Aparecida Pinheiro Rebelo, natural de Nazaré Paulista (Brasil), casada y madre de tres hijos. Entró en contacto con los Heraldos del Evangelio en 2012, de una manera bastante inusual: con ocasión del funeral de una amiga que tenía parientes en la institución.

«La primera vez que vi el hábito, me quedé muy impresionada. Recibí una invitación para asistir a la misa del séptimo día en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, la iglesia de los heraldos en Caeiras. Nada más llegar, sentí un deseo enorme de confesarme. Fue una excelente confesión, una ex-



periencia que llevaré conmigo para siempre. Pasaron los años y aquello se grabó en mi memoria. El 21 de noviembre de 2020 supimos que el coro de los heraldos estaría en la iglesia principal de mi ciudad, Nazaré Paulista. Ese mismo día me enteré de que estaba embarazada de João, nuestro segundo hijo».

Andresa y su esposo, Tiago, asistieron a la presentación del coro de los heraldos y en esa ocasión fueron invitados a visitar la casa de la institución. Surgió una amistad tan profunda que invitó a un hermano heraldo a ser el padrino de bautismo de su hijo por nacer. La pareja conoció entonces la devoción a Dña. Lucilia y empezó a pedir su intercesión.

«Me llamo Luci»

No tardó mucho en surgir una oportunidad propicia para que Dña. Lucilia manifestara que había tomado bajo su protección a la pareja y a su bebé. Cuenta Andresa:

«El 21 de junio de 2021 tuve un desprendimiento de placenta y fuimos rápidamente al hospital. Contactamos por teléfono con un sacerdote heraldo y, a pesar de la hora avanzada, nos atendió enseguida, enviándonos bendiciones y siguiendo todo el proceso. En el camino de Nazaré Paulista a São José dos Campos, recé el rosario y pedí la compañía y la intercesión de Dña. Lucilia, implorando que estuviera conmigo en ese momento tan delicado.

»El médico me derivó a una cesárea de urgencia, advirtiéndome que el bebé y yo podíamos morir debido al tiempo sin oxígeno —dos horas— y el grado de la infección; o que el niño tendría algún tipo de secuela para el resto de su vida. Fueron necesarias siete anestesias raquídeas, tal era mi shock emocional. En esa situación,

miré la placa identificativa de la enfermera que estaba a mi lado izquierdo y leí el nombre Luci. Entonces le pregunté: “¿Cómo te llamas?”. Ella respondió sonriendo serenamente: “Soy



Doña Lucilia en mayo de 1941

bondadosa madre estaba allí sobrenaturalmente, superando con ella las dificultades, minimizando los peligros y obteniendo de Dios un desenlace feliz para la dramática situación en la que se encontraba.

Dice ella: «En ese momento algo me tranquilizó y sentí como un faro encendido en la oscuridad. Mi hijo nació super sano, sin ninguna secuela. Hasta el día de hoy se nos acercan médicos que insisten en que no hay explicación para lo que le pasó a João. Le debo la vida de mi hijo a Dña. Lucilia, porque gracias a ella pudimos cantar el día de su bautismo: “De todos mis temores, me libró el Señor” (Sal 33, 5)».

Una misteriosa acompañante...

En la sociedad materialista en la que vivimos, nos cuesta mucho creer en lo sobrenatural... ¡Qué difícil es liberarnos de las máximas del mundo y creer que tenemos constantemente a nuestro lado a nuestro ángel de la guarda y a los santos de nuestra devoción! Pues bien, he aquí, en el relato que sigue, una hermosa lección que Dña. Lucilia quiso dar a una de sus hijas espirituales, Taciane Peixoto Derossi, de Miracema (Brasil).

«Suelo ir todos los meses a una ciudad que está a 70 km de aquí a comprar unas medicinas para mi padre. El día 14 de septiembre fui a confesarme en un lugar que está a mitad de ese trayecto. Al final le dije a mi hermana: “Como ya hemos recorrido medio camino, aprovechemos para ir ya a esa ciudad y comprar las medicinas; así no tendremos que volver la semana que viene”.

»Siempre que vamos allí, también paramos en un bazar para comprar algunas cosas. Ese día no fue diferente. Mientras esperaba a que mi hermana

En la sociedad materialista de hoy día cuesta creer que el mundo sobrenatural está cerca de nosotros, al alcance de nuestras oraciones

Luci y voy a acompañarte. Quédate tranquila, todo irá bien”».

La similitud del nombre de la enfermera con el de Dña. Lucilia fue para Andresa una señal de que aquella

pasara por caja, la chica de la caja de al lado, que estaba libre, me llamó. Entonces le dije:

»—No llevo nada, sólo estoy acompañando a mi hermana.

»—Necesito hablar con usted —me contestó.

»Así que me acerqué; y me dijo:

»—Mire, estuve usted aquí una vez con una señora, y esa señora, sin saber qué me pasaba, me miró y me dijo: "No te preocupes, todo ha salido bien, Dios está al mando".

»La cajera me contó entonces que ese día había hecho una oración por la mañana; preocupada por una situación angustiosa, le había pedido a Dios una solución a su problema. De modo que cuando aquella señora le dijo eso, le transmitió una enorme certeza de que el problema se resolvería».

La solución al enigma

Sin embargo, Taciane no recordaba nada del hecho mencionado por la dependienta, sobre todo porque siempre había ido a la tienda en compañía de su hermana y no de «una señora». Convencida de que la empleada se equivocaba, le preguntó:

—Pero ¿estás segura de que soy yo?

—¡Lo estoy! La veo aquí en la tienda todos los meses.

—Fíjate bien, a ver si no era yo —insistió Taciane.

—Sí. Estaba usted con una señora, una señora de cabello blanco.

—¿Y cómo iba vestida esa señora?

—Estaba vestida como usted se viste. Parecido a como usted está vestida ahora.

Taciane sacó entonces de su bolso una foto de Dña. Lucilia y se la entregó a la dependienta, diciéndole:

—Mira si es esta señora.

—¡Sí! Ésta es la señora que habló conmigo. Y cuan-

do llegué a casa esa noche mi problema ya casi se había resuelto. Estaba esperando que bajara el precio del alquiler de una casa que me interesaba, pero no me lo podía permitir porque era demasiado alto. Inexplicablemente, el precio bajó y conseguí alquilar la casa. ¿Esta señora es pariente suyo?

Taciane le dio una rápida explicación de quién era Dña. Lucilia y le preguntó a la empleada:

—¿Eres católica?

Taciane tuvo una confirmación de la presencia de Dña. Lucilia a su lado, dispuesta a ayudar a personas que no la conocían

—No, soy evangélica. Nunca he ido a una iglesia católica, pero me gustaría ir.

Así, inesperadamente, Taciane tuvo una clara confirmación de la presencia de Dña. Lucilia a su lado, dispuesta a ayudar incluso a personas que ni siquiera habían oido hablar de ella.

Asistencia continua

¿Cuántos de los que conocemos a Dña. Lucilia y confiamos en su intercesión somos conscientes de que podemos recurrir a esta bondadosa madre en cualquier momento, haciendo de nuestro trato con ella una oración? ¡Cuánto nos beneficiaríamos si confiaríamos más en su protección, si fuéramos tan hijos suyos como ella es madre de los que la invocan!

Taciane termina su relato con una frase de la dependienta, que le dejó una profunda impresión: «Cada vez que usted viene aquí a la tienda me acuerdo de aquella señora que estaba con usted». Sin saberlo, se había convertido para aquella cajera en un motivo de recuerdo de la gracia recibida y, tal vez, en un medio para reavivar su fe y su confianza en la Providencia. Pero no sólo eso, esa gracia obtuvo para Taciane un precioso fruto espiritual:

«Creo que Dña. Lucilia utilizó ese hecho para aumentar mi confianza más que la de aquella chica. Doña Lucilia estaba realmente compromiso, y en cierto modo, cuando el hecho es muy cercano, parece que adquirimos una visión diferente de las cosas, queda más claro cómo contamos con esa asistencia suya, continua».

Que la lectura de estas líneas anime a todos los devotos de Dña. Lucilia a confiar más en el mundo sobrenatural, seguros de que siempre nos estará socorriendo. ♣



Reproducción

Taciane Derossi junto a un cuadro de Dña. Lucilia

Alabanzas al Niño Dios

Uniéndose a las voces de los ángeles que cantaban «Gloria a Dios en el Cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad» (Lc 2, 14), los Heraldos del Evangelio realizaron varios conciertos navideños para alabar al Niño Jesús.

Las melodías se escucharon en París, en Francia; en Madrid y Toledo, en España; en Lisboa, Oporto, Braga, Guimarães, Évora, Coímbra y Viseu, en Portugal; en Medellín, Tocancipá, El Retiro y Alejandría, en Colombia; en Asun-

ción, Encarnación, Caacupé, Villarrica, Luque, Hernández, Benjamín Aceval, Paraguarí y Capiatá, en Paraguay; en Ecuador, en Guatemala, en Costa Rica, en El Salvador y hasta en Mozambique.

En Brasil, el Divino Infante derramó sus bendiciones en Cotia, Mairiporã y São Carlos, (SP); en Piraquara y Maringá, (PR); así como en Campo Grande (MS), Cuiabá (MT), Montes Claros (MG) y Joinville (SC).



París



Asunción



El Salvador



Cotia (Brasil)



Toledo (España)



Hugo Alves



Oporto (Portugal)



Montes Claros (Brasil)



Guatemala



Campo Grande (Brasil)



Joinville (Brasil)



Monique Cruz





1



2



3



4



5

Estados Unidos – Crece cada vez más el número de quienes en ese país se han consagrado como esclavos de amor a la Santísima Virgen, a través del curso que ofrece gratuitamente la Plataforma de Formación Católica Reconquista. Y, para enorme alegría de estos hijos de María, del 14 y al 19 de diciembre se realizaron varios encuentros con la presencia del P. Manuel Rodríguez, EP. En Florida, las ceremonias tuvieron lugar en la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe (fotos 2 y 4) y en la iglesia del Buen Pastor (foto 5), de Miami; en la iglesia de San Pedro, de Júpiter; y en la iglesia de Santa Inés, de Key Biscayne (foto 3). En California, el programa se llevó a cabo en la Catedral de Cristo, de Garden Grove (foto 1).



1



2



3

Ecuador – El 8 de diciembre, los Heraldos del Evangelio participaron en la procesión en honor de la Inmaculada Concepción, patrona de la catedral de Cuenca (foto 1). Con motivo de las festividades de Navidad, miembros de la institución celebraron y animaron la misa para niños con discapacidad organizada por el Departamento de Acción Social de Cuenca (foto 2), y la misa para niños de la localidad de Tutupali Grande (foto 3).



1



2



3

México – Los días 18 y 26 de noviembre, más devotos de la Santísima Virgen se consagraron a Ella como esclavos de amor, según el método de San Luis María Grignion de Montfort, en la parroquia de María Reina, de Puebla (fotos 1 y 2), y en la parroquia de San Pedro y San Pablo, de Veracruz (foto 3).



1



2



3



4



Navidad con los que sufren – Con el fin de acercar a todos las alegrías de la Navidad, en diciembre los Heraldos del Evangelio promovieron diversas actividades en favor de los que se hallan más necesitados de las gracias del Niño Jesús. En las fotos, concierto navideño y visita a los enfermos del Hospital Central (foto 1) y de la Policlínica Ingavi (foto 2) del Instituto de Previsión Social de Asunción, Paraguay; concierto en la Penitenciaría Estatal de Maringá, Brasil (foto 3); visita con la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María a la ciudad valenciana de Paiporta, España, una de las zonas más afectada por el temporal Dana (foto 4); y concierto navideño, con entrega de canastas básicas de alimentos y regalos, en la Fundación Ayudemos a Vivir, de Quito, Ecuador (foto 5).



Los verdaderos conquistadores

Pedro Álvares Cabral consta en los libros de Historia como el descubridor de Brasil.

Pero, una vez halladas esas tierras, ¿quién tuvo la misión de conquistarlas?



Gabriel Lopes dos Anjos Silva ↗

Ventinueve de marzo de 1549. Casi cincuenta años después de su descubrimiento, alrededor de mil hombres de la flota lusitana arribaban a la Tierra de Santa Cruz para colonizarla. En medio de este ejército, seis discretas figuras vestidas de negro, armadas sólo con la virtud y el ingenio, desembarcan con un objetivo mucho más osado: conquistar aquellas vastas extensiones para Dios.

Después de desafiar los mares durante ocho semanas, esos inconfundibles hijos espirituales de San Ignacio de Loyola rebosaban entusiasmo al aplicarse a sí mismos las palabras del Evangelio: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28, 19).

Por recomendación del propio rey de Portugal, Juan III, llegaba a Brasil la primera misión jesuita. La historia recuerda con orgullo los nombres de sus miembros: el P. Manuel da Nóbrega —el superior—, junto con los sacerdotes Antonio Pires, Leonardo Nunes y João Navarro, y los hermanos Diogo Jácome y Vicente Rodrigues.

A su llegada, un impacto

La meta de los misioneros estaba clara: convertir a los gentiles a la fe cristiana. Pero cuál no fue su sorpresa cuando desembarcaron y se encontraron con un escenario inesperado. Por las palabras de los propios misioneros podemos imaginar su conmoción.

El P. Nóbrega describe a un clero negligente, que tenía «más oficio de demonios que de clérigos»,¹ enseñando públicamente una doctrina contraria a la de la Iglesia.

En cuanto a los nativos, así se expresó uno de los misioneros: «Cuando están así de borrachos se vuelven tan brutos y fieros que no perdonan a nadie, y cuando ya no pueden más, le prenden fuego a la casa donde están los extranjeros».² Y el P. Nóbrega narra costumbres aún peores: «Cuando capturan a alguien [...] lo ponen a engordar como a un cerdo, hasta que lo matan; para lo cual se juntan todos los de la aldea para ver el festín. [...] Y, muerto, le cortan inmediatamente el pulgar, porque con él disparaba sus flechas, y el resto lo trocean, para comérselo asado o cocido».³

Sin embargo, los jesuitas no se echaron atrás. Haciendo honor a su tí-

tulo de compañía, se lanzaron al apostolado como un ejército en orden de batalla.

Las tácticas de la conquista

Como buen estratega que era, el líder del destacamento desarrolló pronto su táctica: organizando a los pocos operarios disponibles para la recogida de la gran cosecha, hizo que los seis se distribuyeran de norte a sur por todo el territorio de la corona portuguesa. Con sed de almas, se aventuraban selva adentro, por muy oscura que fuera, adoptando el siguiente procedimiento: cuando entraban en contacto con nuevas tribus, pasaban primero unos días entre ellas sin mencionar temas religiosos. Tras ganarse la confianza de los jefes, empezaban a predicar, habitualmente por la noche, cuando todos regresaban a la aldea.

Lo más sorprendente era que pronunciaban sus amonestaciones en la lengua local, el tupí, cuyo dominio rápidamente adquirieron los jesuitas. En pocos meses, el P. Navarro ya era capaz de oír confesiones sin intérprete, además de haber elaborado un primer borrador de gramática, que sería apro-



vezchada por el P. Anchieta para crear la suya propia.

Otra técnica que enseguida aprendieron fue la de utilizar la música para la evangelización. En una carta de la época se cuenta que los nativos se maravillaban al escuchar el canto sacro,⁴ hecho que pronto motivó al P. Nóbrega a usarlo frecuentemente en procesiones y misas, aprovechando incluso melodías indígenas, para las cuales preparaba una letra con puntos de la doctrina católica. En las selvas brasileñas, las procesiones con la cruz al frente y un coro de niños cantando la nueva religión se convirtieron en una marca registrada.

Sin embargo, la mejor baza del apostolado consistía en convencer a los padres para que dejaran a sus hijos estudiar con los jesuitas. Las escuelas, construidas por los propios sacerdotes, no tardaron en multiplicarse por toda la colonia. Esperaban que, con la educación religiosa impartida, los niños les dieran buen ejemplo de cristianismo a sus mayores y, en poco tiempo, toda la tribu se convirtiera.

El plan fue realmente eficaz. Dondequiera que pasaban, los testimonios de vida y la predicación de los ignacianos —incluso la del P. Nóbrega, que era tartamudo— ¡se tornaban fuente de gracias arrebatadoras!

¿Opresores?

Pero la labor de los jesuitas no se limitaba a los cuidados espirituales. Desde su llegada a esas tierras, lucharon ferozmente contra la esclavitud indígena, que ya era frecuente entre los colonos. Aun granjeándose un odio generalizado contra ellos, representaron con firmeza la voz de la Iglesia a favor de la libertad humana; y el cautiverio de los autóctonos se fue, a duras penas, erradicando.

Además, con las epidemias que acabaron apareciendo durante la colonización —como la de 1562, que mató a más de 30.000 aborígenes— los propios sacerdotes se convirtieron en médicos. Con un profundo conocimiento

del uso de las hierbas en la medicina, empezaron a curar no sólo las almas, sino también los cuerpos de los indios.

La presencia de los jesuitas entre los gentiles se asemejaba a la de los primeros apóstoles. Aunque no agrandara a todos —recordemos la acerba persecución que Pombal infligiría en el siglo XVIII—, como se trataba de un obra divina, nadie logró destruirla (cf. Hch 5, 38-39).

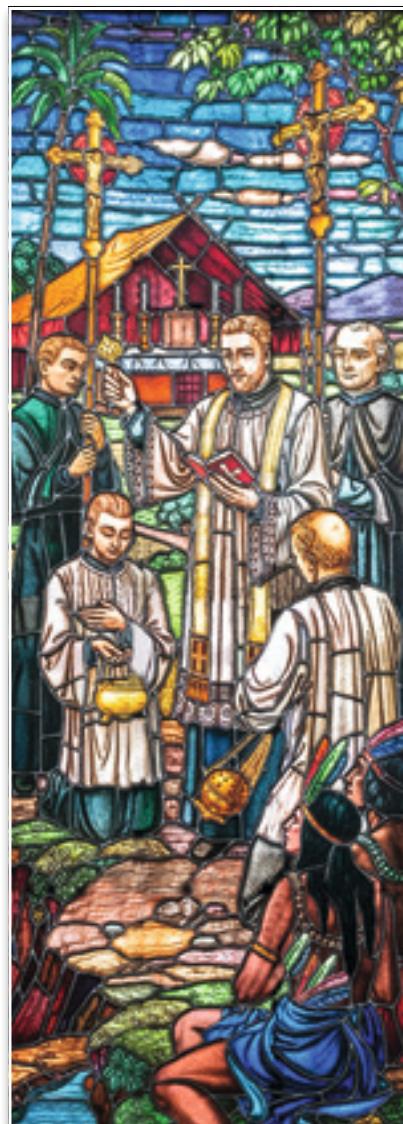
Por sus frutos, conoceréis el árbol

Con el paso de los años y a costa de muchos sacrificios, el número de misioneros no hacía más que crecer, tanto por el ingreso de nativos como por los que venían de Europa para tan noble misión. En 1553 llegaría a la Tierra de Santa Cruz el inolvidable San José de Anchieta.

La historia de Brasil comenzó a confundirse fácilmente con la de la Compañía. Y no era para menos; sus logros fueron notables. Sólo al inicio de tal empresa, construyeron escuelas en ocho ciudades. Las iglesias más antiguas los tienen como impulsores. Muchas de las actuales metrópolis brasileñas, como Río de Janeiro y Salvador, nunca habrían prosperado de no ser por la contribución de esos mismos héroes; São Paulo sólo se levantó gracias al sueño del P. Nóbrega de construir un puesto de avanzada para la educación de los

nativos. Por último, parece indiscutible que Brasil no habría llegado a ser una potencia cristiana si no hubiera contado con la audacia de esos auténticos conquistadores de la fe.

No sin razón, asombra oír en ciertos ambientes acatólicos que los jesuitas de aquella época son tachados de «opresores», «aprovechados» o «imperialistas». Frente a las mentiras, ¿no habrá mejor respuesta que los propios hechos? La historia nos muestra cómo la actividad de las «sotanas negras», lejos de ser objeto de vergüenza, representa en realidad un haz de luz que ilumina el período de los descubrimien-



La historia de Brasil fácilmente se confunde con la de la Compañía de Jesús, por sus notables logros en el campo social y religioso

La fundación de São Paulo por el P. Manuel da Nóbrega – Iglesia de San Luis Gonzaga, São Paulo

Wilfredor (CC BY-SA 4.0)

SAN JOSÉ DE ANCHIETA,

APÓSTOL DE BRASIL

Su persona se yergue en el prólogo de nuestra Historia, presidiendo la formación de la nacionalidad con su vigor de héroe y con su virtud de santo.

Las figuras congéneres, que vemos en la naciente de un gran número de naciones famosas, brillan, generalmente, con un ardor agresivo de héroes salvajes e implacables, conquistando la celebridad, ya en guerras justas, ya en incalificables rapiñas.

Su existencia es discutida y sus grandes son fantasías tejidas por el orgullo nacionalista, que se disipan enteramente con el estudio imparcial de la historia. Y esto desde Rómulo hasta Guillermo Tell.

Anchieta, por el contrario, entró en la historia en un carro triunfal que no fue tirado por prisioneros y vencidos, ni el dolor figuró en su cortejo, ni los himnos de guerra celebraron su triunfo, ni las armaduras fueron su atuendo.

Le sirvió de vestido la túnica blanca de su inocencia inmaculada. Su pacífico cortejo estaba formado por una raza a la que había rescatado de la vida salvaje y defendido contra su cautiverio, y por una nación entera, que había ayudado a construir para mayor gloria de Dios, suav-

zando el rencor de los hombres y las fieras, en cumplimiento de la promesa evangélica: bienaventurados los mansos, que poseerán la tierra (cf. Mt 5, 5).

Pero dije mal [...] cuando afirmé que el dolor no figuraba en su cortejo triunfal: era el nimbo que lo rodeaba. Era el dolor cristiano del pelícano, que llena de amargura al mártir y al santo, pero baña de suavidad a quienes se le acercan.

Había pasado su vida repartiendo rosas... y había guardado las espinas para sí, en las labores del apostolado.

En Anchieta, *vas electionis*,⁵ había brotado una flor de virtud, y esa flor la sembró por todo Brasil: es la mansedumbre suave unida a la energía serena pero inexorable, que es el eje de nuestra alma.

CORRÉA DE OLIVEIRA, Plinio.

«Discurso en la Asamblea Nacional Constituyente», 19/3/1934.

In: *Opera Omnia*. São Paulo: Retornarei, 2008, t. II, pp. 62-63.



San José de Anchieta -
Colegio São Luís, São Paulo

tos, no sólo en Brasil, sino en todas las antiguas colonias del mundo.

Finalmente, pedir perdón por los crímenes de terceros no es nada nue-

vo entre nuestros contemporáneos; Jesucristo ya lo hizo hace mucho tiempo (cf. Lc 23, 34). Entonces, ¿por qué no formalizar aquí, en nombre

de sus detractores, una petición de perdón a esos héroes que un día regaron nuestro suelo con su propia sangre? ♦

¹ NÓBREGA, Manuel da. «Carta al P. Simão Rodrigues», 11/8/1551. In: MOURA HUE, Sheila (Ed.). *Primeiras cartas do Brasil*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 2006, p. 67. Digna de mención es la novedad que representó para la época el sistema de correspondencia jesuita. Los misioneros de los más di-

versos lugares del mundo debían escribir cartas de vez en cuando, y éstas se copiaban rápidamente para ser compartidas con los demás miembros de la Compañía en todos los confines del orbe, de modo que cada uno supiera de las actividades de los otros, incluso en regiones tan distantes como Brasil, India

o Japón. El ingenioso método contribuyó enormemente a la cohesión de la orden y su unión con la cabeza, San Ignacio, que se encontraba en Roma.

² AZPILCUETA NAVARRO, João de. «Carta a los hermanos de la Compañía de Jesús de Coimbra, agosto de 1551». In: MOURA HUE, op. cit., pp. 78-79.

³ NÓBREGA, Manuel da. «Carta a los sacerdotes y hermanos de la Compañía de Jesús de Coimbra, agosto de 1549». In: MOURA HUE, op. cit., p. 38.

⁴ Cf. CORREIA, Pero. «Carta a un sacerdote de Brasil, 1554». In: MOURA HUE, op. cit., p. 104.

⁵ Del latín: vaso de elección (cf. Hch 9, 15).

... por qué el cáliz de la misa se cubre con un velo?

Al comienzo del ofertorio de la misa, el acólito le entrega al sacerdote o al diácono el cáliz y la patena cubiertos por un pequeño velo del color correspondiente al día litúrgico, cuidando de que los vasos sagrados permanezcan ocultos a la asamblea. A continuación, se coloca el cáliz sobre el altar y se retira el paño.

La Iglesia ha tenido siempre el máximo cuidado en elegir y ordenar los ritos litúrgicos de modo que expresen claramente las realidades santas que significan. Y eso es lo que ocurre con el gesto de cubrir el cáliz y la patena con un tejido fino en la santa misa. Aunque actualmente no sea obligatoria, esta costumbre, llena de reverencia y veneración, es alabada por la Iglesia

sia (cf. *Instrucción General del Misal Romano*, n.º 118), porque, además de ser una tradición antiquísima, encierra un extraordinario simbolismo.

La Eucaristía es el tesoro preciosísimo de la Santa Iglesia, en el que están

contenidas las realidades sobrenaturales más sublimes, aunque veladas a nuestros sentidos. En efecto, bajo las apariencias del pan y del vino —cuyos accidentes permanecen, pero cuya sustancia se retira con las palabras de la consagración— está el propio Jesucristo, nuestro Señor, en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Y el paño que cubre el cáliz simboliza este misterio altísimo e inefable, que es precisamente el *misterio de la fe*.

A su vez, el gesto de retirar el velo significa que ese misterio, lejos de atemorizarnos y de disminuir nuestra intimidad con Dios, es el medio que Él ha elegido para revelarse a nosotros por la fe, para acercarnos y hacernos conocer sus secretos. ♫



Archivo Revista

Ofertorio de la misa en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caeiras (Brasil)

... que las campanas de las iglesias están bendecidas?

Cuántas veces no habremos entrado en una iglesia, capilla u oratorio al tañido de un grave y profundo repique de campanas que indicaba el comienzo de la santa misa u otra ceremonia religiosa. Pero ¿sabías que las campanas están bendecidas y que algunas incluso tienen nombre?

Los primeros ritos de bendición de campanas destinadas al culto se remontan al siglo VII, donde por entonces cada diócesis tenía su propio ceremonial. En el Pontifical Romano dicho rito, reservado a los obispos, se revestía de gran solemnidad. La recitación de siete salmos precedía a la bendición del agua, con la que la campana era lavada por dentro y por fuera —de ahí la costumbre de llamar «bautismo» a la bendición de las campanas—, y luego ungida con óleo santo e incensada. El rito, intercalado con largas oraciones,

concluía con la lectura del Evangelio que narra la visita de Jesús a la casa de Marta y María, para subrayar que la finalidad de las campanas es recordarles a los fieles que deben buscar lo único necesario (cf. Lc 10, 38-42).

En París, esta bendición presentaba distintos aspectos, entre ellos el hecho de que la campana tenía un «padrino» y una «madrina», que le daban un nombre, generalmente alguna advocación de la Santísima Virgen o de los santos.

La bendición de las campanas utilizadas en el servicio divino era obligatoria y debía realizarse antes de ser elevadas en el campanario. A partir de entonces estaba prohibido emplearlas para fines profanos, salvo en caso de calamidades públicas.

El actual rito de bendición de campanas es más sencillo y puede ser presidido por un sacerdote. ♫



Miguel H. Cuesta (CC by-sa 3.0)

La Giralda - Catedral de Sevilla (España)

¿Dos formas de «ser dios»?

Uno mata, el otro vivifica; uno, para dar, exige sangre, el otro nos ha dado su propia sangre. Detrás de uno, el humo negro; detrás del otro, un Cielo de luces.

✉ Ángelo Francisco Neto Martins



He aquí dos obras de arte. Cada una de ellas representa a un dios diferente, tal y como lo conciben sus respectivos adoradores. La primera retrata al dios Moloc en el apogeo de su ritual propio. La segunda es una imagen de Nuestro Señor Jesucristo que preside la puerta de entrada de la catedral de Amiens (Francia). El contraste se presta a algunas reflexiones.

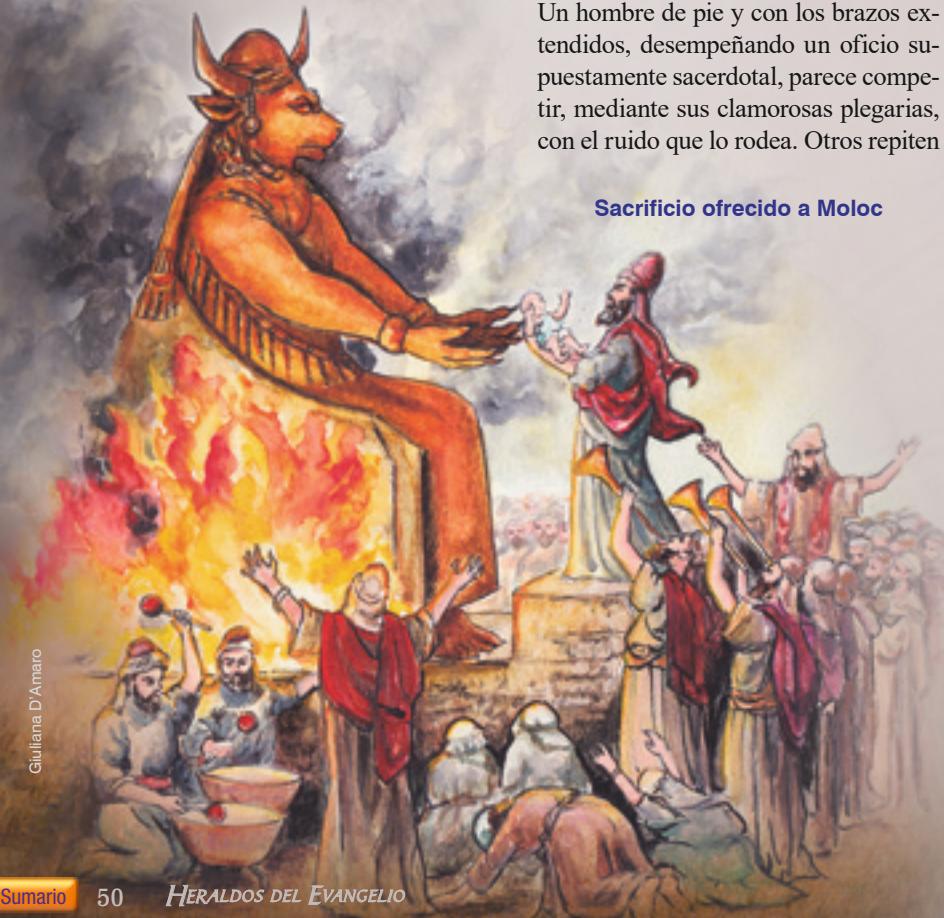
El dios Moloc

La primera escena es casi sonora. Apenas se distingue el crepitar del fuego, alto y constantemente alimentado, tan sumergido está él en el ruido que lo rodea. Los timbaleros golpean sus instrumentos con toda la fuerza de sus brazos y de la embriaguez que experimentan en ese supremo momento ritual. Las trompetas resuenan al ritmo cada vez más frenético de la percusión. Un hombre de pie y con los brazos extendidos, desempeñando un oficio supuestamente sacerdotal, parece competir, mediante sus clamorosas plegarias, con el ruido que lo rodea. Otros repiten

y repiten, arrodillados, sus retorcidas reverencias. Una multitud amorfa asiste al ceremonial.

Dominando la escena, Moloc: inmenso, sólido, severo, brutal. Su mirada, que nunca se digna dirigirla hacia quienes lo adoran, se vuelve más fría con el fuego encendido bajo la imagen de bronce. Sí, más terriblemente gélida... He ahí el Moloc de los fenicios y cartagineses, el poderoso dios que —según sus creencias— los hacía vencedores ante todos los ejércitos, les garantizaba la lluvia, la cosecha, el comercio; el dios que les daba de todo..., con una terrible condición. Y es para cumplirla por lo que sus adoradores realizan ese rito.¹

Sacrificio ofrecido a Moloc



Giuliana D'Amaro

Aquel hombre, delante de la divinidad, alza en sus brazos a un niño: el más preciado don de la nación, tierno hijo de la más alta aristocracia, el futuro del pueblo, una promesa que empezaba a cumplirse. ¿Para qué lo eleva? Para arrojarlo a los brazos incandescentes del ídolo y que allí muera quemado vivo por las llamas que vivifican al dios muerto. En ese fatídico momento, culminación del culto, toda la cacofonía recrudece en intensidad y delirio para ahogar los gritos del inocente condenado.

El ídolo hirviente desdeña, frío e implacable, la sangre que lo cubre.

He aquí, en bosquejo, el típico culto a Moloc. O, más bien, el típico culto de la Antigüedad. En efecto, este Moloc era llamado Mot en Canaán, Hadad

en Siria, Adad-milki en Mesopotamia, Milcom en Amón, Baal en otros lugares... como en Israel, donde «construyeron en honor a Baal recintos sagrados [...] para pasar a fuego a sus hijos e hijas en honor de Moloc» (Jer 32, 35).

Los niños servían en estos rituales macabros como una especie de moneda, una mercancía de trueque con el dios: eran ofrecidos a cambio de paz, victorias, placeres, dinero, comodidades...

¡Una abominación incalificable!

El «Beau Dieu» de Amiens

¡Qué contraste con la segunda imagen!

En su fisonomía —solemne, majestuosa, seria— resplandece tanta dulzura, tras la escultura, que hasta la piedra acaricia. Su mirada inmóvil es firme, suave y viva. Su porte es regio, con naturalidad. El manto dobla y desdobra sus pliegues tan bellamente que eclipsa las olas del mar. Su mano izquierda, serena y distendida, sostiene el Libro de la Vida. Su cabello dispuesto con tanto orden que avergonzaría a ejércitos en formación, y con tanta sencillez que deja pasmada a la naturaleza.

Sin darnos cuenta, caemos de rodillas: ¡tal es su majestuosidad! Cuando menos lo esperamos, nos levantamos para abrazarlo: ¡tal es su bondad!

Reúne en sí contrarios armónicos que sólo un alma de descomunal envergadura puede contener: es un Padre indeciblemente grande y, al mismo tiempo, un Rey inexpresablemente dulce y accesible. Resume y sublima en sí los dos aspectos de la grandeza: la superioridad y la dadivosidad.

Es toda la antítesis del monstruo de bronce y fuego que extiende sus manos para consumir a sus jovencísimas víctimas, y cuyo hocico canino parece insaciable de esos coroncitos que apenas han latido. En cambio, el *Beau Dieu* de Amiens levanta su diestra para acoger a los pequeños, bendecirlos y protegerlos. Digna representación de aquel que dijo: «Dejadlos, no

impidáis a los niños acercarse a mí; de los que son como ellos es el Reino de los Cielos» (Mt 19, 14).

Entre los dos señores

Uno mata, el otro vivifica; uno, para dar, exige sangre inocente, el otro, Inocente, nos ha dado su propia sangre. Detrás de uno, el humo negro de los bienes terrenales y efímeros, que se disipa; detrás del otro, un Cielo perenne de luces nos espera.

Son los dos señores que se disputaron, antaño, el imperio de las almas. Incluso Tierra Santa se convirtió en campo de batalla: muchos esperaban al Mesías, mientras otros «inmolaron a los demonios sus hijos y sus hijas» (Sal 105, 37). Más tarde —¡oh, dolor!—, hasta al Hijo de Dios sacrificarían.

Son los dos señores que se disputan, ahora, el imperio de las almas. Moloc tiraña a quienes, para satisfacer sus conveniencias, diversiones y caprichos, están dispuestos a sacrificarlo todo excepto su placer y egoísmo. Jesucristo, por el contrario, reina amorosamente sobre los inocentes que tienen la valentía de admirarlo en este mundo hecho todo de idolatría del goce, averso, e incluso intolerante, a las enseñanzas evangélicas.

Por lo tanto, no se trata sólo de señores diferentes: son incompatibles y mutuamente excluyentes, y fue el propio Jesucristo quien lo afirmó varias veces (cf. Mt 6, 24; Lc 11, 23). Sólo a uno tendrás que servir. ¿Cuál elegirás? ♦

¹ Cf. WAGNER, Carlos González. «Moloc». In: ROPERO BERZOSA, Alfonso (Ed.). *Gran diccionario encyclopédico de la Biblia*. 7.^a ed. Barcelona: Clie, 2021, pp. 1725-1727.

«Beau Dieu» - Catedral de Nuestra Señora, Amiens (Francia)



Apostolado del dolor

La misión de Jacinta nos revela la necesidad de víctimas expiatorias que contribuyan con su dolor y el sacrificio de su vida a que las palabras de la Santísima Virgen encuentren un terreno fértil en los corazones de los hombres.

Por tanto, se comprende cómo ese apostolado del sufrimiento es verdaderamente insustituible y cómo se abre camino a la Iglesia. Todas las grandes obras de Dios, especialmente aquellas que tratan de la salvación de las almas, se hacen por lo general con la participación de otras almas que lucharon, sufrieron y rezaron para que esas obras se pudieran llevar a cabo.

Plínio Corrêa de Oliveira

